Sta Estella Sanchez

Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 7

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 27 DE MAYO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El Instituto del Café

(Escrito dedicado especialmente al Banco de Colombia y a los agricultores antioqueños).

TODO lo que se relaciona con la industria del café interesa extraordinariamente en este país a las autoridades públicas, a las sociedades agrícolas y a la mayoría de los hombres pensantes. Y parece que la razón de ese interés, salta a la vista, como suele decirse: la cosecha de café brasileño, en el solo Estado de San Pablo, produjo el año de 1922 a la economía nacional la suma de 780.000 contos, o sean, al cambio actual, 97.500,000 dólares.

No sé si mis compatriotas, con excepción de don Jorge Ancízar, participarán de la convicción que yo tengo, esto es, que el café será cada día en mayores proporciones, alimento y bebida en todos los pueblos, y que la industria cafetalera, siquiera sufra sus crisis, será siempre una gran fuente de riqueza.

Leyendo la sección de los diarios fluminenses que aquí se intitula *A pedido*, y entre nosotros *Inserciones* o *Remitidos*, encuentro un trabajo de primer orden, *O Instituto do Café; o projecto a presentado á Sociedade Rural Brasileira*, por el doctor Julio de Mesquita Filho, uno de esos hombres de ciencia que abundan en el Brasil y tan alto ponen la capacidad de su intelecto. Allí encuentro este concepto, atribuido por el autor a otro competente científico, el doctor Arthur Paiva:

«... La humanidad necesita de la cafeína, pues de otro modo no se explica el hecho de haber el hombre adivinado, entre millares de plantas, cuál era la que contenía el precioso alcaloide. ¿No es admirable que pueblos diversos por procesos diferentes, sin conocerse unos a otros, hayan descubierto que el té, el café, el mate, el guaraná, la nuez de cola, contenían la referida substancia?»

Me extendería demasiado si pretendiese extractar la exposición de motivos que precede, en el trabajo del doctor Mesquita, a su proyecto sobre *El Instituto del Café*, el cual considero de una grande importancia fundamental para el Brasil y que entre nosotros debería también intentarse su fundación, mediante un esfuerzo colectivo de los productores, ya que al Estado sería mucho pedirle que contribuyera al establecimiento del *Instituto del Café*, dado que el producto no tiene en Colombia ningún gravamen, como sí lo tiene en el Brasil y, por cierto, no despreciable.

Empieza así el proyecto del doctor Mesquita:

«El Instituto del Café, que tendrá por objeto la defensa y propaganda del principal artículo de nuestra exportación, será instalado en las proximidades de la ciudad de San Pablo y será costeado por la Fundación del Instituto del Café.

»Para su funcionamiento el Instituto, fuera de los servicios de administración, realizará trabajos científicos y técnicos, distribuidos en las siguientes secciones: Botánica, Química, Fisiología, Fitopatología, Zoología, Estadística y Propaganda, Informaciones y publicidad.

»Dispondrá de un museo, campos de cultivo, laboratorios y de todo cuanto se requiera para instalar y hacer funcionar el Instituto, cuyo personal, dividido en técnico y administrativo, se compondrá...»

En seguida el autor del proyecto enuncia los empleados que tendría el Instituto, detallando sus funciones, y luego se refiere a la labor propiamente científica del Instituto, que es lo más interesante del pensamiento del doctor Mesquita. Veámoslo:

«Los botánicos y asistentes, estudiarán los aspectos y variedades del género *coffea* desde el punto de vista de su producción, precocidad, maduración de los frutos. Correspóndeles el estudio de los híbridos conocidos y de la formación de los nuevos tipos. Invigilarán las plantaciones en lo que concierne a la selección de las semillas, formación de almácigos, trasplantación de los arbolillos; estudiarán los llamados *padrones vegetales*, su identificación científica y verificarán el valor de tal índice en relación con las especies, variedades del género *coffea*. Quedarían a su cargo las pesquisas relativas al empleo de abonos, en cuanto éstos influyen sobre el desarrollo, floración y fructificación de las especies, variedades e híbridos del cafeto. Informarán acerca de los varios sistemas de la poda del árbol sano; sobre su influencia en el rendimiento del fruto; época del año en que debe podarse la planta, edad de la misma y las veces que conviene ejecutar la poda.

»Estudiará si conviene o no es necesaria la poda de los árboles atacados por enfermedades, o desmedrados por las heladas. Asimismo estudiarán la influencia de las heladas u otros meteoros sobre las diferentes especies, variedades e híbridos, y cuál sea el grado de resistencia de cada especie, etcétera. Estudiarán la influencia que sobre las plantaciones ejerzan los diferentes métodos empleados para combatir las heladas (1).

»Realizarán todas las pesquisas y experiencias relativas a las condiciones que deben tener las plantaciones; estudiarán los sistemas de abonos; el desarrollo del cultivo de las plantas textiles que sirven para la fabricación de sacos, particularmente de yute.

»El botánico y sus ayudantes dispondrán de un apropiado campo de experimentación, anexo al Instituto, fuera de otros lugares en que se efectúen experimentos, situados en diversos puntos, con el fin de que sean suficientemente conocidas las condiciones de cultivo en las planicies y montañas,

---

(1) No debe olvidarse que en el Brasil, a causa de los descensos rápidos de la temperatura, sobrevienen, y especialmente en los últimos diez años, se han presentado heladas que destruyen las floraciones del cafeto, volatilizan el aroma que acendra la flor, y han reducido, en algunos años, la producción del café en un cincuenta por ciento.—*Nota del T.*

y la influencia de los vientos, humedad y otros factores metereológicos.

»Se encargará también el botánico del estudio de los métodos de cultivo usados en el extranjero y en el Brasil; de la búsqueda de las nuevas especies, variedades e híbridos y enseñará las reglas que deben observarse en la plantación de los arbustos, en la poda y los cuidados que es preciso tener con aquéllos [1].

»El químico y los practicantes estudiarán los abonos, su empleo y los modos de obtenerlos. Encargaránse del análisis de las tierras; del estudio de la composición del suelo más favorable al cultivo del cafeto, y a cada una de las especies y variedades en particular; de las causas del empobrecimiento del suelo para el cultivo. (Se extiende en esta parte el proyecto sobre la preparación del grano; falsificaciones, etc.)

»El zoólogo y sus ayudantes investigarán las principales enfermedades del cafeto, insectos, animales que lo destruyan, etc., procurando estudiar las plagas conocidas, su localización en el país y su importancia. Buscarán los medios de combatirlas, ya por medio del empleo de insecticidas, ya por métodos biológicos, basados en la producción, empleo y difusión de insectos y aves destructoras de las nocivas al arbusto.

»Experimentarán el valor o eficacia de los insecticidas y de las máquinas pulverizadoras.

»El fitopatologista y sus practicantes se encargarán del estudio de las enfermedades provocadas por los criptógamos microscópicos y otros vegetales nocivos al cafeto; su localización en el país y medios de combatirla.

»El fisiologista y sus ayudantes se ocuparán en cuanto se relaciona con el valor nutritivo, tónico o estimulante y favorable al organismo, que el café comporta».

A esta sección del Instituto le asigna el proyecto, todo lo relativo a la propaganda del producto, muy minuciosamente.

En seguida trata el proyecto del museo que deberá poseer el Instituto, en el cual se hallarían desde las fotografías de los insectos nocivos hasta las máquinas de beneficiar el grano; desde diagramas y cuadros estadísticos, hasta cinematógrafo.

Tendría el Instituto su órgano de publicación estampado en portugués, inglés y francés. Publicaría, también, trabajos de grande importancia, acerca de la industria del cafeto.

Con la creación de tan vasto Instituto se proponen los paulistas completar la defensa económica de la industria principal del país con la defensa científica, sin la cual la primera puede ser una vana ilusión. Para realizar la empresa se propone la Comisión nombrada por la *Sociedade Rurale Brasileira*, reunir la suma de seis mil contos de reis, o sean 750,000 dólares, los cuales esperan obtener así: dos mil contos de la Unión; dos mil, del Estado de San Paulo y dos mil suscritos por los dueños de cafetales.

¿Se podría realizar en nuestro país algo semejante? La abulia, la falta de previsión, y otras personificaciones retóricas, me gritarán unidas: «¡Eso es imposible!»

Mas yo respondo:—Con la tercera parte de la suma que pide el Instituto del Café en el Brasil, con doscientos mil dólares, que si quisieran los reunirían los agricultores colombianos, podría fundarse allá el Instituto en las proporciones que entre nosotros serían suficientes. Es la hora de preveer, y la hora de que surja en Colombia el espíritu de asociación que ha realizado en el mundo las más grandes y difíciles empresas.

En la conversación que Félix Salazar mantuvo en un día del pasado enero con el redactor de *El Tiempo*, dijo al referirse al café: «La cosecha de este año será, poco más o menos, de dos millones de sacos, es decir, que alcanzará un valor de cincuenta millones de dólares en números redondos. Usted comprende que esa industria va en aumento progresivo, y así se ve que la cosecha de 1919 a 1920, fué de un millón trescientos mil sacos, que obtuvo, también en números redondos, un valor de cuarenta y cinco millones de dólares».

El ex-Ministro del General Ospina, como hombre práctico que es, habla sólo de los hechos cumplidos. Yo que soy un tanto soñador, entreveo, para dentro de cinco años, una cosecha de cuatro millones de sacos de café, que valdrá tanto como la de San Paulo en el presente año! Después de estudiar lo que está pasando en el Brasil con el café, dice el señor don Jorge Ancízar en artículo que publicó *El Espectador* el 21 de noviembre, *día de la paz colombiana:*

«Todas estas razones son las que nos han movido a declarar al principio que la industria cafetera en el Brasil ha llegado a su máximo, y tiene que entrar en decadencia». Son simples fenómenos de la ley de rotación de todas las cosas del mundo.

El Brasil se ha enriquecido con el café, y de qué manera tan brillante! Ahora le toca a Colombia. Sólo que allá somos tan pesimistas...

MAX GRILLO

Río Janeiro, febrero 16 de 1923.

(Cromos, Bogotá).

---

(1) Aunque quien ahora traduce el proyecto del doctor Mesquita, es apenas un diletante en asuntos cafetaleros y nunca ha poseído, como propia una flor de café, considera que sería un grave error introducir en Colombia nuevas variedades del género *coffea* pues la naturaleza es muy celosa de la constancia del medio y casi siempre se opone a adoptar una planta en donde ya tiene una especie de la misma, aborigen o adaptada en el curso de muchos años. El cafeto colombiano posee condiciones admirables; es ya *indígena, no nacionalizado*, y, por tratar de hacer experiencias, podrán introducirse al país enfermedades devastadoras para la planta. Creo recordar que algún agricultor colombiano, por exotismo, introdujo semillas de patata de Estados Unidos, las cuales no dieron resultado benéfico y, en cambio, iban introduciendo enfermedades en nuestra patata, la mejor del mundo sin exageración.—*N. del T.*

La madre

La sala estaba ya bastante oscura y cuando entró la señora de la casa, Andrés, que la esperaba con ansiedad rudamente contenida, dió unos pasos hasta ella tendiéndole las manos con temblor visible. Pero, fuera por la circunstancia apuntada al principio y que impidió que Genoveva se diera cuenta de su gesto, fuera porque también ella, agitada, no se daba cuenta de nada en aquel momento, el caso es que, sin corresponder al saludo, se dirigió hacia la mesita donde estaba la lámpara y, callada, encendió la luz. Quedó en pleno círculo clarísimo apenas atenuado por la pantalla translúcida. Entonces los brazos de Andrés cayeron a lo largo del cuerpo como si las manos ávidas, al principio, del saludo estrecho, le pesaran ahora hechas de pronto algo infinitamente denso. Fué un minuto malo. Junto al hombre erguido y hermoso, la pequeña mujer de pelo gris parecía más doblada, más envejecida. Después él dijo:

—Supe la muerte de Dantas y vine... pensé que tal vez me necesitaras para...para tus negocios... la testamentaría... Después me vuelvo... ¿Y María Agustina?

Genoveva entreabrió la puerta de comunicación e interrogó a alguien que indudablemente esperaba o se detenía en alguna ocupación en la pieza inmediata:

—¿Vienes, Nina?

¡Fea, la muchacha! A poco más apretar el color y el crespo del cabello, hubiera nacido mulata. Pero zalamera y conversadora con aquel pariente rico todavía de tan buen ver y que quizás... Mas no fué suficiente su desenvoltura para hacer entretenida y viva la conversación. La madre, ceñida en el manto de merino negro, se había hundido en un rincón del inmenso sofá y no decía una palabra, limitándose, a ratos, a sonreír levemente o a hacer signos de asentimiento con la cabeza. Y al primero parecía que hubiera sido preciso sacarle las palabras con un tirabuzón. Pasado un rato se levantó María Agustina para agasajar al visitante con el clásico licor casero de las provincias: zumo dulcísimo y fragante de frutas silvestres, de un bello color de rubí y un sabor agradable a damascos y a violetas, a la vez. El lo bebió casi todo de un sorbo y le devolvió en seguida la copita rechoncha poniéndose en pie:

—Muy rico, primita. Años hacía que no probaba yo guindado de pitangas y arazá. ¿Hecho por Ud.?

Seria, dijo la muchacha fea:

—No, lo hizo mamá.

La madre, entonces, terció con su voz que era muy llena de paz y suave:

—Mi hija sabe hacer otros más ricos y más difíciles que ése. El de leche, por ejemplo...

La despedida fué fría, a pesar de los arrumacos de María Agustina que lo acompañó obsequiosa hasta la puerta del zaguán. Ya en la calle, tomó Andrés el camino de la fonda donde se hospedaba. Iba cabizbajo y algo agobiado por las callejuelas angostas del pueblo, bordeadas de casas bajas con techos de teja ennegrecida. A través de los vidrios de las enrejadas y ventanas lo atisbaban, al pasar, mujeres aburridas y murmuradoras que bordaban sobre él comentarios y aspavientos. Entonces tuvo deseos de sentarse un rato en la plaza solitaria, bajo los naranjos de ramajes amplios, pesados de frutas pintonas. Se quitó el sombrero para que el viento le refrescase la cabeza. Por los senderitos empedrados de balasto rojizo rodaban algunas hojas de acacia y semillas en forma de bolitas, de los paraísos que mayo desnudaba con sus frías brisas. Un farolero, con la escalera al hombro, iba de esquina en esquina prendiendo los faroles de luz amarilla que constituían la única iluminación de aquel pueblo perdido entre sierras hoscas, cerca de la casi salvaje frontera brasileña. De la torre de la iglesia parroquial el toque de oración caía lento, infinitamente melancólico en medio del silencio de la antigua villa cuya quietud habitual parecía aumentar con el otoño. Entonces, Andrés Luna, sentado en el banco de piedra, con el cuerpo echado hacia adelante y las manos unidas sobre las rodillas, se dió a pensar. Borróse ante sus ojos el cuadro real, vivo e inmediato, y de entre los recuerdos surgió una cara blanca y linda que él estaba acostumbrado a mirar con el alma, cuya fidelidad visual es más exacta que la de las pupilas.

Esa cara era la de su prima Genoveva cuando tenía quince años y él la pidió de novia a don Eugenio Souza, su padre. Pero el viejo se le rió en la cara, tratándole de «menino lampiño», y como era avaro, apenas la chica cumplió los diez y seis, la casó con el portugués Dantas, que poseía casas y estancias y parecía un toro hecho hombre. Para los dos muchachos, muy simples y muy puros, aquello fué como si toda la tierra se hubiera interpuesto de pronto entre ellos. A Andrés el pueblo se le hizo insoportable hasta el punto de tener la sensación física de ahogarse allí. Y tras unos meses de inútil intento de asimilación, huyó a Montevideo, tan abúlico, tan entristecido que un amigo de ocasión se lo llevó a correr mundo con el buen deseo de que, entre luchas y trabajos en ciudades desconocidas, llegase a olvidar aquel amor grande y triste. No olvidó, pero aprendió a resignarse, lo cual, por otra parte, era inevitable. Y de país en país fué a dar en el Brasil como gerente de un ingenio de azúcar, en el centro del país inmenso y cálido. Trabajó bien, se hizo hombre de confianza, enriqueció, pero no volvió a querer. Lo defendía el recuerdo terco de aquella carita ovalada y blanca que parecía haberse consubstanciado con su corazón. Y a los diez años, mozo serio y fornido, en plena treintena, no pudo más con el deseo de volver a verla y se tomó un mes de vacaciones bajo el pretexto de vender la casita materna y el terreno pequeño que la circuía. Se la compró el cura, su inquilino todo ese tiempo. Y cumplió su deseo de ver a Genoveva y aquel amor brujo se le prendió al alma más vivo que antes, si es posible. Genoveva seguía siendo tan bonita como cuando dejó de verla y tan buena y tan dulce, con su voz suave. Parecía la muñeca grande de su hija María Agustina, que había salido voluminosa, amulatada y tosca como el padre. Cuando Andrés retornó al Brasil llevóse más prendida al pensamiento, más clara y querida la imagen de ella. Así llegó a los cuarenta años con el corazón muchacho y el cuerpo fuerte y bello, defendido por el recuerdo de su eterna novia contra las decepciones y los vicios. Extraño caso de fidelidad; extraño y hermoso, pues ya estos romanticismos o estas consecuencias (como se quiera) son raros.

Y así, un día los sorprendió la noticia de la muerte de Dantas, ocurrida a causa de una brutal rodada del caballo. No era malo, pero en las especiales disposiciones de su corazón aquello fué como un signo de complicidad dichosa que le hizo la suerte. Le pareció que toda su vida se abría, de pronto, a un círculo luminoso. Resolvió en seguida el viaje al pueblo. En el vapor, en el ferrocarril, todo a su alrededor era como brumoso y lejano. Y lo realmente brumoso y lejano, vivo dentro de su ensueño, fué lo único que esos días existió para él. Pero he aquí que ahora su ilusión se desgranaba toda, se disolvía cuando más cerca de sí la creía... No podía «amar» a esta Genoveva de ojos hundidos, cuerpo agobiado y gesto amargo. Era «otra». Por justo que sea un hombre, no se enamora de una mujer sólo por sus bellezas morales. Es decir: puede enamorarse de una fea, pero no mantenerse apasionado de una mujer que lo conquistó hermosa y que luego encuentra envejecida y deformada. ¡Ah,

es algo tan distinto! Hermano, amigo fiel, eso sí. ¡Pero el amante, que necesita acariciar, admirar, besar!... ¡Genoveva convertida en aquella ruina dolorosa y lamentable!

Andrés experimentaba la sensación de estar pasando por un sueño malo. Todas sus esperanzas se rompían, parecía que un embrujamiento dominase su vida.

Pasos pesados hicieron crujir la arena rojiza del caminito bordeado de pasto grueso. Levantó la cabeza:

—¡Hola, don José!

Y el cura, sorprendido:

—¡Caramba, Andresito! ¿Tomando el fresco con este aire y esta obscuridad?

El, entonces, dijo con voz opaca:

—Estuve a visitar a Genoveva.

El viejo, que conocía la historia de su pasión y su esperanza, sentóse sin vacilar al lado suyo.

—¿Qué piensas, entonces?

No contestó. Don José apoyó en una de las rodillas del mozo sus anchas manos, lo miró fijamente un rato por encima de las gafas y movió la cabeza, descontento.

—Está muy cambiada, ¿eh? Yo la recuerdo como cuando tú la conociste. Ahora, siendo menor que tú, parece que te llevara diez años.

Como el otro no contestara, prosiguió el viejo, agitado:

—¿Creerás que es el tiempo o los trabajos lo que la ha dejado así? No, no. Hay por medio una de esas historias que le ponen a uno algo invisible atravesado en la garganta cuando la recuerda o la cuenta... ¿Viste a María Agustina? Igual al padre, ¿no? Pues a medida que la muchacha crecía, Genoveva parecía, por el contraste, sin duda, más joven y bonita. Cuando salían juntas, la madre, tan blanca y delgada; la hija, voluminosa y velluda, todos comentaban:

—¡Dios Santo! ¡Si María Agustina parece la mayor!

Y hubo gente, torpe o ruín, que dió en decirlo, con risas bobas, delante de la muchacha. Y ésta empezó a tener celos de la madre. Genoveva, que junto a su bruto marido y a su padre, de alma tacaña, se había dado a adorar a su chiquilla, sin parar mientes en lo desagradable que era, sufría mucho, y la alabanza a su belleza fué haciéndosele pesada. Procuró pasar inadvertida y corregir el mal físico de María Agustina... ¡Nada! Ella, siempre linda; la otra, siempre fea y cada vez más amargada por aquella desigualdad, en la cual le tocaba la peor parte. Egoísta, chica de corazón, el padre en pinta. Hubiera llegado a odiar a la madre. Dejaron de salir juntas, pues María Agustina volvía de cada paseo con un humor de perros, llena de velados reproches, que a veces hacían lagrimear a la pobre Genoveva. Entonces ésta fué a verme un día y, llorando, me lo contó todo, pidiéndome consejo. ¡Caray, Andresito, era un caso delicado! Le dije lo que buenamente se me ocurrió para consolarla, pero aquello me parecía un nudo demasiado apretado para que diera mi caletre con el modo de deshacerlo. No tengo un espíritu sutil y para estas cosas no basta creer en Dios y ser honrado. No hice, pues, más que sufrir con ella. Entonces la pobrecita se puso a pensar sola. ¡Nuestro Señor sabe las noches que habrá pasado sin dormir hasta el día que me dijo, muy contenta:

—Don José, la Virgen Santísima me ha iluminado. Ahora ya sé lo que tengo que hacer.

Por nada quiso confiarme el secreto. Yo, que la conozco y sé lo buena que es, quedé tranquilo...

Al mucho tiempo, una noche, en la botica de Javier, le oí decir al doctor Alonso:

—¡Qué fea se ha puesto Genoveva Souza! Ha envejecido de golpe.

Cuando a la mañana siguiente fuí a verla, me acordé, de golpe, de aquello. Tenía razón el viejo cegatón, ¡caramba! ¡Y yo que la veía todos los días, ni siquiera me había dado cuenta del cambio! Enflaquecía y se agobiaba; se peinaba tirante, tenía ya la boca hundida, los pómulos filosos, el color amarillo. Le pregunté si estaba enferma y me dijo, con una sonrisa que me partió el alma:

—No, don José. Al contrario, estoy sana. Pero es que he encontrado el remedio para ser feliz y para que también lo sea la pobre Nina...

Cierto: el mal bicho de María Agustina ya no la miraba hosca y de nuevo empezaron a salir juntas y a ser compañeras. No atendió mis protestas. Los curas siempre sermoneamos contra la vanidad de las cosas materiales; pero, ¡caray!, el sacrificio de la pobre muchacha me parecía monstruoso. ¡Hay que pensar lo que debe ser para toda mujer su cara bonita, y para darse cuenta de la grandeza del sacrificio de Genoveva, afeándose voluntariamente por conservar el amor de su hija...

Resoplaba, emocionado, el viejo. Tal vez tenía los ojos llenos de lágrimas, pues en la voz se le notaba ese temblor del esfuerzo por contener el llanto. Andrés Luna era un mozo recio. Pero aquella noche, en la plaza de su pueblo, con la cara entre las manos, como un muchacho chico y desamparado, sollozó de un modo que daba pena.

JUANA DE IBARBOUROU

(*La Nación*, Buenos Aires).

La farsa Panamericana de Santiago

EL «PANAMERICANISMO» VERBAL.

ALGUNAS docenas de diplomáticos y burócratas de nuestra América Latina acaban de reunirse en Santiago de Chile para expresar sentimientos de fino amor y respeto a los agentes diplomáticos de Estados Unidos, empresarios y aprovechadores del oblicuo panamericanismo que tiene por objeto principal reducir todo el continente a la humilde situación de colonia yanqui.

El variado y múltiple programa de esta conferencia oficial estaba destinado a disimular, bajo benéficas conveniencias para las víctimas, las intenciones voraces de sus victimarios. ¿Podrían los pueblos latino-americanos considerarse traicionados por sus gobiernos que se han adherido a la conferencia? Nadie ignora, en efecto, que los más de esos gobiernos viven en servil adulación del capitalismo yanqui, del que ya son deudores y al cual piensan acudir cada vez que su inepcia administrativa los obligue a hipotecar sus patrias contrayendo nuevos empréstitos, a cambio de concesiones que aseguren el contralor extranjero sobre las fuentes de producción petrolera, minera, agraria y pecuaria.

Que la conferencia ha sido una farsa, una protocolar y diplomática farsa, lo deducimos del conocimiento que tenemos de los delegados latino-americanos. Con rara excepción, todos miran a Estados Unidos con antipatía y desconfianza; muchos, acaso la mayoría, odian a Estados Unidos; algunos han escrito anteriormente páginas de fuego contra el imperialismo yanqui. Y, sin embargo, los hemos visto en Santiago haciendo de coristas en la gran representación pan-americana, entre humillados y farisaicos, besando la mano de sus prestamistas pasados y futuros.

Sepan los yanquis, sepan los gobiernos, sepan sus agentes, que el verdadero presentimiento de esos mismos delegados a la conferencia no es pan-americano sino latino-americano. Sepan que muchas de las mentiras diplomáticas allí pronunciadas están en abierta contradicción con el pensamiento de los mismos que las pronunciaron. Sepan que todavía no han corrompido una inteligencia independiente ni seducido un corazón libre, aunque los discursos oficiales les hagan creer otra cosa. El pan-americanismo de Santiago ha sido una adhe-

sión verbal de todos los gobiernos débiles postrados ante el poderoso, de todos los deudores ante el acreedor, sin que por eso la clase pensante de uno solo de los países amenazados en independencia ignore dónde está el peligro común, aunque la diplomacia oficial mienta lo contrario.

Ese es el distingo necesario. Los gobiernos latino-americanos pueden oficialmente adular al gobierno de Estados Unidos; pero los pueblos, cuya conciencia se refleja en la minoría ilustrada, profesan ya sentimientos opuestos al pan-americanismo diplomático y acaso lleguen a mirar como traidores a los gobernantes que por ignorancia y por debilidad sirven los intereses del enemigo: el imperialismo capitalista.

HACIA EL INTERVENCIONISMO YANQUI.

Los únicos problemas serios que la conferencia podría haber tratado en beneficio de nuestros pueblos han sido eludidos con aterciopelada hipocresía.

El primero es la limitación de armamentos, como paso previo hacia un desarme progresivo; el segundo, el arbitraje obligatorio para resolver todas las divergencias entre las naciones de la América Latina.

Contra el primero—a pesar de algunas palabras pronunciadas sin fe—conspira la epidemia de locura militarista que ha invadido al mundo después de la gran guerra europea, además de los enormes intereses puestos en juego por los comisionistas que desean vendernos los armamentos sobrantes en Europa.

Contra el segundo, además del furor expansionista de algunos gobiernos, conspira sabiamente el de Estados Unidos, que se beneficia de nuestras discordias para preparar la ocasión de ser solicitado como amigable componedor y acentuar así su «derecho de intervención» en la política interna e internacional de nuestras nacionalidades.

El caso de Tacna y Arica revelará bien pronto toda la astucia y sagacidad de esa política. Los yanquis han hecho creer a los chilenos que resolverían el asunto en su favor, pero al mismo tiempo han hecho creer a los peruanos que lo resolverían conforme a sus aspiraciones. Y como los gobiernos de ambos países necesitan dinero prestado de Estados Unidos, han consentido en evitar la guerra, pidiéndole que les haga la merced de zanjar ese pleito. ¿No es de creer que el Perú, endeudado y colonizado por los yanquis, tendría que resignarse ante una resolución desfavorable que le sería impuesta por su acreedor? ¿Y qué diría Chile si, necesitando algún empréstito, los yanquis le impusieran una autonomía del territorio disputado bajo el contralor administrativo de Bolivia, que ya ha consentido a Estados Unidos la acaparación de enormes concesiones de zonas petrolíferas? Reconocemos que tales soluciones—que consideramos probables—serían beneficiosas para la paz; pero no puede ocultársenos que ellas han podido ser planteadas por una Junta de Arbitraje latino-americano, sin necesidad de reconocer a los Estados Unidos el carácter de pacificador que le allanará el camino para imponernos mañana, a todos, su derecho de intervención—la enmienda Platt—que ofenda y humille nuestra soberanía nacional.

La conferencia de Santiago, lo repetimos, tiene como único resultado facilitar la política de absorción sabiamente desenvuelta por el capitalismo petrolista. Como los franceses contra Rusia, como los ingleses contra Angora, mañana vendrán los petroleros yanquis a repetir en Sud América las hazañas ensayadas ya contra Colombia y contra Méjico, contra Cuba y contra Nicaragua, contra Santo Domingo y contra Haití. Donde haya petróleo—¡petróleo!—minas, carnes, cereales o café, vendrá el prestamista a hipotecarnos primero y a someternos después, porque la independencia y la soberanía de un pueblo son vil andrajo cuando quedan supeditadas a la intervención de un gobierno extranjero que sirve a la rapacidad de sus trustes.

¿CUÁL ERA EL DEBER DE MÉXICO?

Entre tanta mentira convencional y tanta farsa diplomática, lo que hizo falta en la conferencia de Santiago fué un hombre que hablara con firmeza, más respetuoso de la verdad que del protocolo, es decir, un Tchicherin latino-americano, que usara en Santiago el mismo lenguaje con que el genial diplomático ruso desbarató las intrigas de los tartufos europeos en la conferencia de Génova, hablando a Francia del petróleo de Bakú y hablando a Inglaterra del petróleo de la Mesopotamia.

Es sensible que el gobierno de México no haya concurrido a la conferencia; allí estaba su lugar de combate, pues no debió asistir como cómplice del pan-americanismo sino como denunciador de los abusos y peligros de la diplomacia yanqui. Su delegado debió ser, naturalmente, un hombre con el talento, la ilustración, el carácter y la moralidad de Tchicherin, dispuesto a exigir que se dijera la verdad sobre la política pan-americana o a obstruir la farsa de todos los serviles que en ella se complicasen.

Esa fué una gran oportunidad perdida para nuestra América Latina. ¿Qué habrían dicho los delegados oficiales de los gobiernos de Colombia y de Cuba, de Santo Domingo y de Centro América, cuando el delegado del gobierno de México hubiese narrado la historia de los atentados intervencionistas con que Estados Unidos ha mancillado todas sus soberanías nacionales? ¿Qué habrían dicho los delegados del Brasil cuando se pidieran explicaciones sobre las misteriosas gestiones yanquis para comprar las Guayanas y hacerse de un Puerto Rico en el territorio mismo del continente sud americano? ¿Qué habrían dicho los delegados de Venezuela y Perú, Argentina y Bolivia, cuando el delegado mexicano les demostrase que sus riquezas petrolíferas podrán ser, más pronto o más tarde, el origen de intervenciones económicas, políticas y militares de Estados Unidos, como ha ocurrido en México, cuyo gobierno sigue desconocido por los yanquis por no condescender a exigencias que vulneran la soberanía nacional? ¿Qué habrían dicho, en fin, los delegados del Uruguay, cuando se les hubiese demostrado que el proyecto de Brum y Buero—fracasado antes de nacer, naturalmente—tendrá por único resultado entregar a los Estados Unidos la dirección política y económica de todas las naciones latino-americanas?

Se hubieran callado, sin duda, porque todos sus gobiernos cuentan con Estados Unidos para la contratación de nuevos empréstitos; pero ninguno, por una elemental vergüenza, habría osado desmentir a quien hablase el lenguaje de la verdad, aunque es probable que los más habrían votado junto con los yanquis para que no se trataran esos asuntos. Todos, todos,—¿habría algún Judas?—en el fondo de su corazón habrían agradecido al osado que en nombre del derecho y de la justicia hubiera lanzado su anatema contra la corruptora diplomacia del dollar.

Julio Barreda Lynch

(*Renovación*, Buenos Aires).

Rabindranah Tagore

Para José Vasconcelos.

La India fué para nuestra juventud, el fabuloso y constelado país de lo imposible. En las florestas infinitas de su epopeya nacional, El Ramayana, pasaban, llevando descuajados peñascos los «monos magnánimos», hijos del Viento; el monarca de los buitres era más grande al cernirse que las montañas; iban ebrios de amor los elefantes por alamedas de sándalos; y los dioses de veinte ojos y de cuarenta brazos exigían un tributo sangriento.

Pero he aquí que, por obra y gracia de un poeta, el paisaje ha cambiado completamente. En arrozales que el viento peina, circulan búfalos tranquilos y cadenciosas mujeres que van a buscar agua con sus cántaros. El país desmesurado de los elefantes, tiene, merced a Rabindranah Tagore, el aspecto risueño de un ameno rincón de Galilea.

¿Cómo se opera este milagro de Aladino? Justo es decir que la lectura de los antiguos libros indostánicos nos hacía olvidar la realidad de la India moderna. El Ramayana designa a los poetas con el nombre de «despertadores oficiales del Rey». Son por lo menos, cuando se llaman Tagore, despertadores voluntarios de los hombres. Les enseñan a mirar mejor la hermosura del mundo.

Su gigantesco país ha cambiado y el poeta nos hace mirar el cambio. A la India bracmánica y severa con sus castas infranqueables, sus ritos bárbaros y sus leyes de Manú, sucede otra, más humana y más plácida, con sus cien religiones de piedad y su Krisna parecido al evangélico orador de lagos y montañas que aconsejaba todos los perdones. Los poetas imbuidos de la santa doctrina aprendieron el evangelio de la bondad y sus cantos tienen perfumes de parábolas. Sólo quieren escribir episodios de la vida sencilla, del amor que se recata, silencioso, más adivinado que murmurado. Es un amor italiano, petrarquizante, de largos y sutiles noviazgos como en España y en América. La doncella enamorada, la *blessed damozel*, como en el canto de Rossetti, aparta el velo, al pasar enreda un nelumbio en el cabello, se lleva la mano al corazón desfalleciente, calla, enferma de pesar para toda la vida. El oriental misterio del rebozo hace a estas mujeres a la vez prestigiosas y desvalidas. No pueden, como sus hermanas de otros países, sonreir intencionadamente con graciosa y traviesa picardía; no pueden decir en un sarao las palabras que dejan temblando. Miran y esperan. ¿Por qué no viene, por qué no se detiene?, preguntan las amadas de Tagore como novias de Becquer. El velo apenas entreabierto vuelve a caer sobre los ojos mortecinos y la tragedia de una vida concluye.



Rabindranah Tagore

Del Tagore, en las ediciones del Convivio, acabamos de publicar *El Jardinero de Amor*. Precio del ejemplar ¢ 1.50. Para el exterior: $ 0.40 oro am.

Esta poesía de suspiros evaporados y de calladas oraciones que en la noche de mayo remontan, este coloquio de las miradas negras, es el tema distintivo de Tagore. ¿Cuál puede ser más tentador para un poeta que la primera iniciación? Como en las telas índicas y en las miniaturas persas, las diminutas mujeres están aguardando entre los pavos reales. Tienen ojos de almendra y las «manos en copa» como en el poema de Valmiky. En torno suyo el paisaje pasa por todos los tonos del verde, desde el matiz metálico del pavón, hasta el tierno color de los campos de mangos. Quedan lejos las ciudades con sus superpuestas cúpulas de nubes y sus rituales piras y sus palanquines en donde va a la pagoda el príncipe de un Catay imposible. Aquí sólo está la India rústica y simple, como una isla criolla de Francis Jammes. Nada hay de parnasiano y de suntuoso en estos versos de Tagore que la describen. Las mujeres del mundo entero pueden comprender a sus novios, pues en cualquier parte el amor feliz o apesarado suspira los mismos cánticos. Por eso alcanzan éxito universal los libros del poeta indostánico. Perdemos, por supuesto, en la traducción, la música original, pero su encanto no consiste en la armoniosa y lujosa disposición de sílabas y adjetivos, sino en el fondo humano de pasión recelosa, de oblación inquieta, de alegría solar cuando pasó la novia, de celos y ternuras, de resignada y oriental congoja sin palabras si la Amada no quiere venir. *El Jardinero de Amor* que publicamos hoy, parece a ratos una traducción al bengalí de las *Rimas* de Becquer.

En otros libros de Tagore se advierte más retórica; aunque ésta sea nueva para nosotros por ser de su país. Su hermano Abindanithra nos ha advertido en un curioso libro, cómo en pinturas y poemas de la India, los artistas emplean casi siempre para describir a sus enamoradas, actitudes y tropos tradicionales. La flor del loto o la trompa de elefante que sugiere un brazo de mujer, son temas clásicos ya. Pero en su *Jardinero de Amor*, Tagore no quiere «hacer literatura». Estos son himnos tan breves como los *hay-kay* japoneses y los cuartetos persas. No concede, como los primeros, tan exclusiva atención a la naturaleza ambiente, sino a la emoción que ella despierta; ni con la envejecida amargura de Kheyyám, nos induce a gozar desesperadamente porque se ha de morir mañana. El artista hindú, el budhista que aspira al Nirvana, no puede pensar en el anonadamiento final con amargura. Es esta la mayor originalidad de un poeta que habla de la muerte con la placidez de la Antología Griega. De esta paz incierta de la vida que su animosa bondad no ha alcanzado siempre a mantener, de esta inmolada alegría que es el amor en el más amante y correspondido de los hombres, de esta desazón vitalicia de las almas selectas por ninguna ventura colmadas, el poeta levanta a veces los ojos nublados. «¿En dónde está la esperanza de comunión perfecta sino en ti, Dios mío?», murmura entonces. Le rodean colinas, rosas y arrozales verdes y el universal arrullo de las palomas, mas él sabe que velan estas suaves apariencias un dolor sólo extinguido con la

muerte. Y con las manos entrelazadas, la mirada eminente, pálido y vestido de lino, el poeta Rabindranah Tagore está esperando en el poniente la nube que pueda llevarlo al Infinito.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

París, 1923.

Cuando se miran los faroles rojos...

Cuando se miran los faroles rojos
en la orilla del mar,
mi pescador, el de profundos ojos,
pone sus negras redes a pescar.

(El mar ante la noche se ilumina
y sus olas doradas, al nacer,
florecen como un ansia repentina
en ojos de mujer).

Pez de luna bruñida no se pesca,
pescador.
Agua del golfo, la ondulada y fresca,
deja que riegue la orilla con amor.

No persigas la forma del lucero,
si ni el agua dormida la dará;
si él, como un sonámbulo viajero,
sólo viene y se va.

Que pobres las corrientes y la charca
anidan ilusión,
y ajenos al peligro de tu barca
vienen sueños de luz al corazón.

Con los ojos ya tímidos escarbas
en los mares rebeldes a cincel,
y puede correr llanto por tus barbas
de serpientes de miel.

El agua misma, la ondulada y fresca,
ponga un poco de sol en tu dolor.
¡Pez de luna bruñida no se pesca,
pescador!

JOSÉ GOROSTIZA

México, D. F. 1923.

Cómo se ha hecho una Escuela Granja en México

La escuela más pobre de México.—Una colmena de octubre.—Un maestro que no es especialista.—El intelectualismo de las Escuelas Normales.—Su falta de espíritu.—La adquisición de la tierra.—La ayuda del Ministerio de Agricultura.—Banco y Caja de Ahorros Escolares.

EMPIEZO mis impresiones de la enseñanza en México con la más pobre de todas las escuelas, con la que encontré más desnuda en mi primera visita, y a la que he visto crecer bajo mis ojos, en dos meses, por una de esas maravillas que sólo hace el Espíritu, que no podrá hacer nunca sino el Espíritu.

Para llegar hasta ella el automóvil me hizo atravesar el barrio (o *rumbo*, como aquí se dice) más abandonado y feo de la gran ciudad; puro arrabal, casas de obreros y trabajadores, semejantes a aquellas otras en que nosotros arrojamos a morir a nuestro pueblo obrero.

Al entrar en la escuela mi primer pensamiento fué mezquino: «¿Para qué traerán a ver un colegio tan pobre a una extranjera?» Porque es de estilo en estos casos en muchas partes mostrar a los visitantes los grandes colegios de *parquets* brillantes y de aulas decoradas.

Pero el pensamiento maligno desapareció en cuanto yo llegué al primer patio. Una multitud de niños, de pobrecillos desamparados hacía labores de huerto; regaban, removían la tierra, desmalezaban, entre un rumor jubiloso de colmena de octubre.

Fuí acercándome desorientada primero. Una hora después mi estado de alma era un respeto y un fervor religioso por lo que estaba viendo.

Tenía delante de mí realizada en tierra mexicana la escuela que soñó León Tolstoi y que ha hecho Tagore en la India; la racional escuela primaria agrícola que debieran formar el ochenta por ciento de los colegios en nuestros países.

El maestro que me guiaba iba apoyándose en su azadón.

Le pregunté de qué escuela Normal tenía título, para rastrear la fuente de un espíritu extraordinario en el gremio pedagógico, por su sentido práctico. Supe que salió de una Normal, a poco de haber entrado, lleno de desencanto. Ha sido un bien. Las Normales suelen entregar excelentes educadores; yo cuento entre mis amigos de Chile y México algunos de ellos; pero son excepciones tardías, distanciadísimas excepciones; la regla es que caracteriza a estos colegios una congestión libresca, que dan a sus alumnos una vanidad intelectual enorme que puede verse en el hecho de que el normalista chileno considera una injuria que se le de un nombramiento de escuela rural y si llega a ésta, vive al margen de la población campesina, desdeñando a ese pueblo del cual viene siempre, y al cual está destinado. Caracteriza a los estudiantes de pedagogía el concepto un poco infantil de que el aprendizaje de las biografías de todos los maestros de verdad, los Pestalozzi, los Froebel, significa alguna adquisición efectiva, siendo que lo único necesario es QUE LA LECTURA DE ESTAS BIOGRAFÍAS LOS ENCIENDA DE APOSTOLADO Y LES DÉ EL ESPIRITU HEROICO QUE HA SIDO EL DE ESOS HOMBRES y sin el cual una cultura—pedagógica, filosófica, científica en general—no les servirá sino para ser lucida en un discurso de aniversario...

—¿Cómo hizo usted esta escuela, compañero?—fuí preguntándole.

Estábamos sentados delante de una mesa rústica y yo compartía la comida frugal del hombre tosltoiano.

Y fué contándome la formación de su Escuela Granja, con la sencillez con que nuestros campesinos cuentan la poda de sus árboles.

—Este terreno,—empezó diciéndome,—formaba el parque «Francisco Madero», enteramente abandonado y que si de algo servía era de sitio de bacanales populares en los días festivos, de borracheras y riñas de la infeliz población aglomerada en torno.

La Sección de Desayunos Escolares que sostiene el Gobierno, enviaba aquí diariamente a su jefe, señorita Elena Torres, para hacer el reparto en la Escuela Primaria que daba al parque. Fué suya la idea de solicitar el gran terreno baldío a la autoridad, y destinar las dos hectáreas a una Escuela-Granja que sería el primer ensayo de esta índole hecho en la enseñanza primaria en México.

Se obtuvo la concesión. Afortunadamente mis jefes me dejaron en entera libertad de acción; no se me fijaron programas; no se me ataron las manos con reglamentos.

Un día comencé a cultivar una parcela en el centro del terreno, y dije a

los niños solamente que hicieran lo que yo fuera haciendo.

Ellos verificaron el reparto del suelo en pequeñas secciones y se las distribuyeron. No les dí lecciones previas de agricultura, porque no creo en la enseñanza teórica, sino como cosa paralela a la práctica, y a veces como cosa posterior a ella.

Se fué poblando la tierra eriaza y fea de las pequeñas manchas verdes de hortaliza. Había que ver con qué ardor trabajaban mis pequeños agricultores, siempre con mi vigilancia, pero sin mi ayuda, para enardecerlos de esfuerzo. No he querido matarles la alegría ingenua de que descubran ellcs, de que se sientan menudos creadores...

Vino la cosecha. La hizo cada uno por separado en su parcela.

Yo envié a algunos niños a invitar al Ministro de Educación para que la viera. Y aquí comienzan las numerosas incidencias gratas que han ido levantando la escuela pobre, creándole el prestigio y la simpatía.

Los niños pedían inútilmente una entrevista con el atareado funcionario. Cuando el señor Vasconcelos supo de qué se trataba, los hizo pasar, entre el asombro consiguiente de los empleados subalternos. Vino a la escuela, vió la cosecha y desenterró algunos betabeles (remolachas). Y este hombre que tiene un ojo tan agudo para mirar lo que en la enseñanza es corteza pintada y muerta, y lo que es verdad viva, tuvo una mañana de alegría, y comprendió lo que de allí iba a nacer.

Yo dejé que cada uno de los niños se fuera al mercado con su liviana cosecha. Volvieron descontentos a contarme que los revendedores les habían pagado muy mal las legumbres y les habían dicho que no les convenía perder tiempo en adquirir lotes tan insignificantes.

Dedujeron ellos mismos que necesitaban asociarse y encomendar a uno solo la venta total. Dedujeron, además, que no toda la semilla empleada había sido de buena calidad y que deberían comprarla selecta. El mismo día se fundó la cooperativa para adquirir semilla y se nombró el encargado de la venta. Se crearon también un Banco minúsculo y una Caja de Ahorros. Las utilidades se distribuirían de este modo: un tercio para la adquisición de útiles y otro para la Caja de Ahorros, hasta capitalizar cinco pesos (veinte pesos chilenos), con lo cual adquiriría un traje cada uno de los pobrecitos campesinos.

Cuando después de tres cosechas varios niños pudieron comprar calzado y ropa, y los efectos de organización fueron apreciados por ellos mismos sin necesidad de que se les hiciese una lección sobre el asunto, el entusiasmo fué tal, que tuve a mi alrededor un clamoreo de peticiones de tierra, y la escuela aumentó su matrícula espléndidamente.

Les dije que había que conseguir esa tierra dando a conocer la escuela; irían ellos a cada uno de los periódicos y traerían a los repórteres a VER lo conseguido y no a oir disertaciones interesadas... Se buscaría la ayuda de los jefes del Ministerio, en ausencia del Licenciado Vasconcelos. Se traería aquí a los miembros de las sociedades agronómicas. Les aseguré que todo vendría, desde las herramientas hasta los terrenos. Y es que conozco a mi raza. Sé que todo está en convencerla CON LA VISIÓN DIRECTA DEL BIEN QUE SE HACE, y que hay un descontento muy grande hacia la vieja escuela primaria, que se nos hizo retórica y perdió el sentido de la realidad, descontento que sólo espera ver surgir una cosa diferente y verdadera para reemplazar lo que ha fracasado.

Hasta aquí llegó mi primera conversación con el maestro Arturo Oropeza. Ya empezaba la campaña de la prensa. Cada día yo iba leyendo uno y otro artículo y sentía un placer muy grande por la comprensión de este pueblo hacia el oscuro maestro del arrabal.

GABRIELA MISTRAL

(*El Mercurio*, Santiago de Chile).

Exhortación patriótica (1)

CONCIUDADANOS:

Un pensamiento nuevo flota ahora en el ambiente del mundo. Las ideas antiguas de carácter transitorio están dando campo a otras ideas de renovación, concordantes con el actual adelanto. Lo que se tuvo, por largas edades, como verdad inconmovible y respondía a las necesidades de una época, se está derrumbando y en su lugar aparecen otros conceptos tenidos como utopías o idealidades irrealizables. Por todas partes se siente una necesidad y un movimiento progresivos. En vez del antiguo estado de oposición y lucha, se siente la necesidad apremiante de una mayor cooperación y una mayor fraternidad entre los hombres para mejorar las actuales condiciones de la existencia. La guerra, que se tuvo antes como un mal inevitable y hasta como un elemento de progreso, es ahora una carga insoportable para la humanidad y miles de hombres y mujeres, en toda la superficie de la tierra, están buscando los medios de suprimirla para siempre. En Europa se buscan los medios de resolver por el arbitraje los conflictos que ahora se resuelven por las armas. En América, una ola de pan-americanismo llena las mentes y los corazones de los mejores pensadores. Parece que una poderosa corriente de espiritualidad estuviera fluyendo sobre la tierra y que algún gran acontecimiento debiera renovar la faz del mundo. Todos los hombres que observan y piensan están constatando que la tierra está entrando en un período histórico nuevo y es ya visible el movimiento universal de cooperación, para que la humanidad de ánimo estrecho, y llena de prejuicio y de miseria moral, sea reemplazada por otra humanidad más libre y más dichosa.

Al mismo tiempo que este movimiento hacia el adelanto, se nota una intensificación creciente de las fuerzas hacia el retroceso. El egoísmo, el odio, la lucha, la competencia, el vicio cunden por todas partes. Parece que las fuerzas del mal estuvieran haciendo sus últimos esfuerzos para impedir que esa aspiración de la humanidad se realice. Para muchos es patente este antagonismo entre la *acción* que tiende al mejoramiento y la *reacción* que quiere conservar el sistema de cosas produce el estancamiento. Esta lucha entre estas dos tendencias opuestas es característica de todas las grandes épocas de transición de la Historia.

En Costa Rica, los fenómenos apuntados son también perfectamente perceptibles. Al mismo tiempo se crean por todas partes instituciones que tienden al alivio de los males sociales, a difundir la cultura, a mejorar la higiene pública, a dar mayor perfección física a la raza, a proteger al niño, a garantizar los derechos de la mujer; al mismo tiempo que la pléyade de maestros, mal remunerados, dedican su idealismo y su amor al servicio de la Patria y la mejor juventud organiza clubs para toda clase de obras de adelanto, vemos el egoísmo triunfante, el comercio convertido en explotación, el agio entronizado, unos Bancos, olvidando generalmente su noble función de promotores de la riqueza, convertidos en agiotistas, la estafa y el incendio haciendo perder a la juventud el culto del honor y la fe en la potencia del trabajo, el vicio descarado y el crimen impune... Siempre la acción y la reacción en antagonismo; las tinieblas haciendo sus últimos esfuerzos para apagar la luz del sol que asoma en el horizonte.

Conciudadanos: Reunidos para cooperar en la obra de la renovación del Poder Público, debemos penetrarnos de que para que nuestra obra sea de verdadera utilidad es necesario procurar que haya un cambio

(1) Leída por el autor en la Asamblea del Partido Republicano, la noche del miércoles 12 del mes en curso, en el Teatro América.

completo, en todas las manifestaciones de la vida nacional: en lo político, en lo económico, en lo social y en lo moral. La obra, que a muchos les parece irrealizable se realizará si los costarricenses eligen para regir los destinos de la Patria al más capacitado por su talento, su experiencia y sus virtudes cívicas y morales, y si todos *cooperan con él*, con la voluntad inquebrantable y la fe que mueve las montañas. La renovación del país ha de ser *total* para que no sea ilusoria. En este supremo momento en la historia de Costa Rica, ella reclama el esfuerzo y la cooperación de todos sus hijos y es necesario que todos, penetrándose de la trascendente gravedad de la situación actual obren como patriotas. Es necesario que a la indiferencia reemplace el entusiasmo; a la desconfianza y la apatía, en lo que a los asuntos públicos se refiere, suceda el optimismo y la acción, y que al egoísmo reemplace la cooperación en el servicio desinteresado. La patria, como la familia, es la resultante de lo que son individualmente los miembros que la componen. No puede haber patria si no hay patriotas, así como no podría el mejor artífice del mundo construir un edificio sólido y durable con materiales podridos; para ganar batallas no basta tener armas y municiones, ni sirven mucho la pericia y la intuición de los jefes, si falta lo esencial que es el espíritu de renunciación o patriotismo del soldado. Ninguna batalla se ganó desde que batallas se libraron en la superficie de la tierra, si ante la vista del soldado, que iba a la muerte, no se extendía el alto ideal del sacrificio por la Patria.

Se ha dicho por voz mucho más autorizada que la mía, que debemos ante todo ser *vigilantes* de lo que constituya la cultura y la libertad. Para tener un concepto claro de estas cosas, veamos qué debemos entender por libertad y por qué es ella la base fundamental de todo adelanto, individual y colectivo.

Para la generalidad de las gentes del mundo libertad es el término opuesto a obediencia y ésta se confunde, a menudo con esclavitud. En el sentir de muchos ser libre es poder hacer lo que nos place, en la forma y modo como nos place sin más sujeción que nuestra propia voluntad o nuestro propio capricho; hay algunos, que llevando esta idea al último extremo, niegan toda autoridad, toda obediencia, toda jerarquía, y sostienen que no debemos respeto a nada, ni nadie. Todos absolutamente iguales; cada uno absolutamente dueño de sí mismo, a pesar de las diferencias que la Naturaleza haya establecido en la escala de los seres humanos, en cuanto a capacidades, talento, actividad, virtudes, servicio. Como consecuencia de este modo de concebir la libertad hemos visto los horrores de la persecución, el exterminio, el hambre y la muerte enseñorearse de Rusia, que fué el granero de Europa.

Para vosotros ha de ser evidente que este concepto de libertad es hijo de la ignorancia.

Para tener una idea cabal de la libertad importa saber quién es *el hombre* y cuál es su posición en el Cosmos.

No quiero entrar en la exposición de lo que la Sabiduría de los Siglos nos ha enseñado acerca de la naturaleza del hombre, porque esto parecería a muchos extraño al objeto de esta asamblea. Me limitaré a repetir lo que todos vosotros sabéis, porque está en el fondo de vuestra conciencia.

El hombre tiene una *doble* naturaleza. Una superior, espiritual, imperecedera, que *conoce* y *quiere* lo bueno, lo justo, que nos induce a la fraternidad y al amor de nuestros semejantes; la otra inferior, animal, que nos induce a lo grosero, lo bajo, lo egoísta. El hombre es como un jinete, montado en un corcel brioso, a menudo indómito y salvaje. Conseguir que ese caballo obedezca a la rienda y la espuela para que marche por los senderos de la rectitud, hacer de la fiera indómita un noble y bello instrumento del adelanto, esa es la meta que persigue el hombre efectivamente libre. Libre de la ignorancia, que es madre de los conflictos que azotan a la humanidad entera.

La naturaleza superior *vive* en nosotros, nos habla siempre en el silencio, en los momentos de concentración en nosotros mismos. No hay hombre alguno, que no pueda oir esa voz, que es la voz de Dios, en el fondo de su propio corazón. Vulgarmente se llama a esa manifestación de la naturaleza superior en el hombre, la *voz de la Conciencia*.

Si acatamos nuestra voluntad Superior, si educamos el entendimiento de modo que responda y se concierte con las reclamaciones de esa voz divina que habla en nosotros cuando cerramos el corazón y la inteligencia a las sugestiones del egoísmo, seremos libres. Si seguimos los impulsos de nuestro vehículo inferior seremos esclavos. Esclavos de la bestia. Según esto, libertad es *Conocimiento* y como el conocimiento se adquiere por la educación, comprenderéis la relación que hay entre ésta y la libertad. El lenguaje, que cristaliza a veces la sabiduría acumulada de la humanidad expresa esta idea en esta frase: «Es esclavo de sus pasiones».

La esclavitud, hija de la ignorancia o voluntaria, puede ser individual y colectiva. Hay países formados casi enteramente de esclavos; de esclavos que obedecen como tales a los dictados de su naturaleza inferior. En tales países no puede hablarse de libertad ni de buen Gobierno. ¿Cómo puede pretenderse que haya tales cosas en donde los ciudadanos se han hecho voluntariamente esclavos? La libertad de las naciones es la resultante de la libertad individual y ésta es consecuencia del conocimiento. Por esto *el buen gobierno es, fundamentalmente, una obra de educación*. Ahora se habla mucho de reformas... ¡Esas son voces de sirena! Si una reforma debe producirse, debe realizarla cada ciudadano, en el fondo de su propio corazón. Se habla de libertad, de derecho, de rebeldías, de odio, de sangre, de conquistas. Con todo esto se está excitando la naturaleza inferior de las masas y al hablarles de libertad se están forjando las cadenas conque pretenden hacer de Costa Rica, verdaderamente, un país de esclavos, en donde, *como fruto natural, brotará la tiranía*.

* * *

Debemos entrar en esta nueva época de la historia de Costa Rica con un espíritu enteramente nuevo. Con el espíritu que reclama imperiosamente la época porque atraviesa no sólo Costa Rica, sino la humanidad entera. Debemos entrar en este nuevo torneo político como hombres libres y como patriotas. Antes la política era una carrera de lucro. Muchos han vivido de ella como parásitos, explotando al Estado, rodeando a los Gobernantes de malas influencias, torciendo a veces sus buenas direcciones. Cada cual al trabajar por su candidato, pensó en las ventajas personales que eso le reportaría, los menos egoístas pensaron en sacar ventajas para su localidad. Si esta es nuestra disposición actual, nuestra obra en vez de hacer bien, hará mal a Costa Rica. Si antes nos movió el egoísmo, que nos ha hundido en la ruina económica, social y moral, nuestro ideal debe ser ahora la cooperación de todos en el servicio desinteresado a la patria, prescindiendo en absoluto de lo que puede ser nuestro personal interés.

* * *

Se dice que la mala situación de Costa Rica es obra de los malos Gobiernos. Esta afirmación no es del todo exacta. De la situación del país son directa o indirectamente responsables *todos* los costarricenses. La

situación económica alarmante, la enorme deuda de más de 100 millones, el alto tipo del cambio y su falta de estabilidad, la disminución del crédito, la escasez de medio circulante se atribuyen a la impericia o a la rapacidad de los Gobernantes y de sus secuaces. Todo el mundo dice: ellos contrataron, ellos hicieron, ellos defraudaron y muy pocos piensan que si los Gobiernos contrataron, lo hicieron con la aprobación de los representantes de la nación y que si hubo defraudación de fondos públicos, fué con la cooperación de muchos y en virtud del egoísmo, de la indiferencia y de la cobardía de los demás. Si los representantes no fueron libremente electos y si hubo tiranos, nuestra fué la culpa *porque no hay tiranos sino en donde hay esclavos listos a doblar la rodilla.*

Muy pocos se dan cuenta de lo que es la patria y de los deberes que para con ella tenemos. Muchos ignoran que a ella debemos todo el ser que tenemos; que a ella debemos la vida, el sustento, la instrucción, la seguridad, las garantías. Muchos piensan: soy lo que soy, por mi esfuerzo, por mi talento, por mi trabajo o... por mi astucia, y no se percatan de que todo nuestro ser es obra de la cooperación social, obra de los demás, que para nosotros viven y para nosotros trabajan; que si estuviéramos perdidos en plena montaña, lejos de los demás hombres, moriríamos en una condición inferior a la de las bestias. Muy pocos piensan: *si tengo libertad es porque hubo mártires que la compraron al precio de su vida, si tengo instrucción es porque hubo maestros que tuvieron hambre por darme luz; si tengo caminos es porque hubo compatriotas míos que se expusieron a las inclemencias para construirlos; si tengo instituciones buenas, es porque hubo generaciones de hombres y mujeres que se esforzaron por dejarnos ese legado de sus nobles virtudes.* La mayoría de los costarricenses de hoy ignoran todo esto y se consideran solos, casi en medio de extraños, a los cuales juzgan como enemigos, a los que engañan y explotan sin miramientos. Al Gobierno se le considera como a una *entidad extraña y diferente de la República.* A los Gobernantes se les trata como explotadores, en vez de ayudarles y cooperar con ellos en la realización de obras de buen gobierno, que redunden en bien de todos; se les desprestigia, se les denigra, se les crea obstáculos, se les echa piedras entre las ruedas y esta actitud general les resta entusiasmo y les llena de desaliento. Tengo la certeza de que la resistencia tenaz de don Ricardo para aceptar la candidatura, se debió únicamente al temor de encontrarse sin la suficiente cooperación del país ante los magnos problemas cuya solución reclama imperiosamente Costa Rica.

* * *

Si los costarricenses son responsables de la situación por la que atraviesa nuestra patria, tenemos el deber de cooperar con todo nuestro poder y cada cual en la medida de sus posibilidades para mejorarla. El remedio de todos los males de nuestra patria puede sintetizarse en estas dos palabras: *cooperación y servicio.* O en esta otra: *patriotismo.* Si somos patriotas, si de veras amamos a nuestra patria, estaremos dispuestos a cooperar para que ella sea grande por nuestro servicio desinteresado.

Serviremos a nuestra patria cumpliendo nuestros deberes, tratando de ser verdaderamente libres, conscientes de nuestra naturaleza superior y de nuestro destino. Si cada ciudadano se educara a sí mismo en estos sentimientos, el buen gobierno sería la consecuencia natural. En el acatamiento a la voz interna, puede sintetizarse el adelanto y la dicha del individuo y la de la sociedad. Como consecuencia de esta auto-educación, serviremos respetando y cumpliendo las leyes, cuidando de los intereses del Estado, interesándonos vivamente por todas las cosas de interés público, no especulando en contra de los intereses sociales, cumpliendo, cada cual, religiosamente, sus deberes, no por ninguna acción externa, sino en virtud de un impulso interno, libre y espontáneo; respetando y honrando a los que son superiores a nosotros, esos *mayores en edad, saber* y *gobierno* que desde hace más de veinte años se vienen atacando en nombre de un falso concepto de igualdad,—que no existe en la Naturaleza,—pues en ella todo es desigual y jerárquico, desde la yerba al gigantesco Sequoia, desde el gusano al cóndor, desde el salvaje al Newton o al Pasteur, desde el átomo a la estrella. No debemos olvidar que la *función* que a todos esos mayores ha impuesto la Naturaleza es la de *servir* y *cooperar* para el adelanto de aquellos que ocupan los peldaños inferiores en la escala de los seres, y que *esa función se cumple*, más o menos, por todos los mayores, llámense padres de familia, maestros, sabios, artistas, santos o Salvadores del Mundo.

Serviremos a nuestra Patria procurando que haya una mejor y más equitativa repartición de la riqueza. Que no haya en ella, como en otras partes, potentados y miserables; que cada familia tenga su porción de tierra y de los otros elementos productores de la riqueza. Pero esta condición ideal no se realizará sembrando odios y predicando antagonismos entre las clases sociales ni despojando a los ricos de sus haberes, muchas veces rectamente adquiridos y humanamente empleados, sino capacitando a los que no lo son para mejorar su condición por medio de la instrucción, por medio del ejemplo y por medio de la cooperación en empresas de interés general.

Serviremos a la patria procurando mejorar la condición del obrero y trabajador del campo, ennobleciéndoles por la educación, por el periódico y el libro, mejorando sus métodos, combatiendo todo lo que tienda a degradarles, particularmente las enseñanzas disociadoras y el alcoholismo, mejorando sus salarios, haciéndoles participar en las empresas, procurando que por la acción y cooperación de todos tengan mejores condiciones de vida, mejores, más higiénicas y más bellas habitaciones y, en una palabra, todo lo que es necesario para el superior desarrollo del cuerpo y del espíritu.

Serviremos a la patria defendiendo los intereses del niño, procurando mejorar las condiciones del maestro y de la escuela: protegiendo al niño contra el ejemplo corruptor, contra los malos libros y las malas estampas: protegiéndolos contra los fanatismos religiosos, y procurando hacer de ellos hombres libres y patriotas. *En la escuela está el fundamento de la grandeza.* Es una dicha para nosotros que la escuela sea como el *centro* alrededor del cual gravitan todas las demás actividades de Costa Rica.

Serviremos defendiendo la educación secundaria y gratuita contra cualquier atentado, contra cualquier ataque de alguna mano torpe... La segunda enseñanza, gratuita es,—pésele a quien le pese—uno de nuestros más grandes timbres de gloria. A nuestra primera y segunda enseñanzas, tan desarrolladas, se debe la posición superior de Costa Rica en Centro América. Suprimir los centros de cultura superior equivaldría a poner los destinos de la patria en manos extranjeras, sectarias y tenebrosas. Sería destruir de una plumada, como se destruyó aquella magnífica institución llamada Departamento de Agricultura,—obra predilecta de nuestro ilustre candidato,— todas las conquistas de la civilización alcanzadas a costa de tantos sacrificios, en particular la libertad del pensamiento y de la conciencia.

Serviremos protegiendo a la mujer contra todo lo que pueda mancillarla o degradarla. Quien ataca la virtud de la mujer falsea los cimientos de la patria, dijo, en solemne ocasión, un patriota. Demos a la mujer una educación superior. Rodeemos de una aureola de respeto a las que están destinadas a modelar el cuerpo y el espíritu de las generaciones que se levantan. En manos de la mujer ilustrada está verdaderamente el porvenir y la grandeza de nuestra patria.

Sirvamos a Costa Rica pagando la deuda pública, que es nuestra, que nos perjudica y nos ahoga. Los intereses de esa deuda son abrumadores, absorben gran parte de las rentas del Estado y *le incapacitan para ejecutar ninguna obra de utilidad.* Esa deuda es un obstáculo insuperable para el desarrollo económico de la nación. La existencia de esa deuda obligará al gobierno a contraer otras nuevas y la situación se agravará cada día más. *No podemos pensar que este estado de cosas continúe así indefinidamente.* Se han propuesto muchas soluciones para el arreglo de esa deuda; se han hecho cálculos más o menos fantasistas; se espera que algún día brote alguna fuente inagotable de petróleo; muchos patriotas *han ofrecido* un pequeño contingente, pero no han pasado del ofrecimiento. Yo creo que la única solución del grave problema está en que todos paguemos, cada cual en la proporción de sus posibilidades, como una ofrenda hecha a la patria, como pagaron los franceses su deuda en 1870. Así están pagando unas niñas, las

alumnas del Colegio de Señoritas y sus profesores, quienes bajo la inspiración de su Directora, contribuyen mensualmente, desde hace más de un año, con su óbolo, para el pago de la deuda de Costa Rica. Imitemos ese ejemplo. Paguemos, como patriotas, antes de que nos obliguen a pagar como esclavos.

* * *

Conciudadanos: Si examináis las circunstancias por las que atraviesa Costa Rica, percibiréis que la situación no es *tan tenebrosa* como muchos piensan. Hay muchos que trabajan, piensan y se sacrifican por Costa Rica. Si examinamos atentamente los *pares de opuestos* o fuerzas de acción y reacción que consideramos al principio, veréis que el balance está a favor de las fuerzas que tienden al progreso. Hombres y mujeres de todas las clases sociales, estadistas, maestros, hombres de ciencia, artistas, obreros, están preocupándose actualmente en mejorar la condición de nuestro país. Ved cómo se multiplican las instituciones que tienden al bien común: juntas de caridad, cruz roja, gotas de leche, cocinas escolares, asociaciones de maestros, de estudio, de arte, de sport. Hay un anhelo general por el adelanto, como *síntoma de los tiempos*, que serán mejores. El hecho de que estéis congregados al rededor de la personalidad de don RICARDO JIMÉNEZ y de que este movimiento haya sido tan rápido, general y espontáneo, indican que se ha levantado en el alma nacional una onda de patriotismo. Pero no olvidéis que de poco servirán la clarísima y superior inteligencia de nuestro candidato y sus eminentes virtudes cívicas, si no cooperáis con él, con una decisión suprema e inquebrantable a servir a vuestra patria, prescindiendo en absoluto de todo interés personal.

Todo lo podréis hacer si aunáis vuestro esfuerzo de cooperación por el bien común. La situación de Costa Rica es negra solamente para los espíritus indolentes y egoístas, que lo esperan todo de la acción del Gobierno. Si todos cooperáis en la obra del engrandecimiento de la patria todo se hará fácilmente. ¿Qué no podrá la fuerza de 500,000 voluntades enfocadas en un punto determinado? Tal poder es incontrastable. Un ejemplo del poder de las voluntades unidas nos lo dió Francia en la última gran guerra, sorprendida cuando soñaba, indefensa, en los beneficios de la paz. En un instante organizó y creó fábricas de armas y municiones, transportó soldados y municiones, instituyó servicios, dió un impulso formidable a la metalurgia, a la aviación, a la telegrafía radiográfica, al automovilismo, a las industrias químicas, etc. Aquello fué el milagro de las voluntades unidas. Vosotros, compatriotas, podréis hacerlo todo si aunáis vuestras voluntades para el servicio de la Patria. Tenéis una raza sana, climas benignos, suelo fértil, variedad de productos, dos mares, numerosos ríos que encierran una potencia formidable, enormes riquezas ocultas en el suelo, mujeres llenas de idealismo y de virtudes. Entrad de lleno con nuestro abanderado en este movimiento de renovación, porque tenéis todo el poder, si así lo queréis. Lo que se necesita es que el ideal que os impulse sea de cooperación y servicio. No olvidéis que el retraimiento y el egoísmo son las causas de todos nuestros males. Servir, servir siempre. Que este sea nuestro lema. Servid a la patria como sirvieron nuestros próceres venerados: Braulio Carrillo, Juan Mora, Jesús Jiménez, Mauro Fernández; como sirvió Juan Santamaría y todos los mártires de la libertad; como sirvieron todos los que dieron a Costa Rica su independencia y posición superior en el Continente; como han servido todos los que cultivaron la ciencia y rindieron culto al arte, como sirvieron todos los honrados labriegos que la enriquecieron con su trabajo y la regaron con el sudor de su frente. La patria os devolverá el servicio en forma de libertad y grandeza y vuestra obra será durable, como esas prodigiosas pirámides que erigió la sabiduría del Egipto y parece que están desafiando a los siglos, manteniendo en su seno, invisibles a las miradas torpes, la antorcha inextinguible de la Religión Universal!

ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

Guadalupe, 4 de mayo de 1923.

Cartas dantescas

Dedico estas evocaciones de la profunda obra dantesca a mi lejana amiga, la gentil señorita Lolita Notari, en San José de Costa Rica.

XVII

AMIGA del alma, en el canto undécimo del Infierno describe Dante cómo está dividida la mansión de las tinieblas eternas; cuatro son las pasiones que el cielo condena: incontinencia, violencia, malicia y traición. El antro pavoroso está separado en cuatro distintas regiones en las que los castigos aumentan proporcionalmente: la que custodia Minos, el juez tremendo bajo cuya vigilancia gimen los incontinentes en sus pasiones; la incendiada ciudad de Dite, claustro de los violentos; los pozos terribles en donde purgan sus vicios quienes en vida fraude hicieron y, por último, el reino de los gigantes en cuya compañía penan los traidores y, con ellos, los ingratos.

En las dos primeras partes del Infierno, en medio del trágico cotidiano que allí se desarrolla, el Poeta quiso poner las más deliciosas figuras, las más encantadoras heroínas, los más simpáticos pecadores; en la siguente región, la ruina material va al paso con la ruina moral; no hay belleza en el paisaje, no hay dulzura en el ambiente, no hay perfumes de pasiones amorosas: todo es árido, la naturaleza y las almas, los apetitos insanos dominan a los instintos de humanidad: allá, hay personajes que cantan y lloran una pasión consciente; aquí, hay grupos de seres que gimen sin inspirar compasión; en el pozo de los traidores el espíritu muere para dejar campo solamente a la materia: el frío inmenso de los corazones ingratos y traicioneros todo lo convierte en hielo: inerte y duro como las pasiones insanas que en vida abrigaron.

Del continuo movimiento en el que se agitan las almas de los que abusaron del Amor, por ejemplo, de las ráfagas violentas que arrastran, abrazados en abrazo eterno, a Pablo y a Francesca, pasamos insensiblemente a la inercia angustiosa del cráneo que el conde Ugolino, en venganza sublime, eternamente roe.

Allá, cantos, lágrimas, calor, movimiento; aquí, silencio, insensibilidad, frío, petrificación.

En ese reino, en donde tantas y tan variadas manifestaciones tiene la energía humana que peca, a veces, por intenso amor y a veces por odio profundo, es en donde ahora entramos, adorable compañera de mis mejores momentos de ilusión.

Sin estrellas, sin la estrella matutina de la esperanza, sin el sol esplendoroso de la fe, sin el suave reflejo de la caridad, aquellas gentes suspiran, lloran, se desesperan eternamente.

En el vestíbulo del Infierno están las almas tristes de aquellos que vivieron sin infamia y sin elogio: los que por la existencia pasaron sin llevar a cabo acción alguna, los que perezosamente dejaron trascurrir los días sin recordar que al mundo habían llegado con una sagrada misión que cumplir; entre ellos están los ángeles que, en la lucha terrible entre Dios y Satán, guardaron neutralidad egoísta, esperando decidirse por quien más fuerte de la batalla surgiese.

No tienen esperanza alguna, su ciega vida tan mezquina es, que envidia sienten por cualquier otra suerte: la misericordia los olvida, la justicia los rehusa; no hablemos de ellos, dice Virgilio, con frase terrible: ¡mira y pasa!

Más lejos, ve Dante a aquel, que por vileza, hizo la gran renuncia; según algunos, es Celestino V, el Papa que, en la fecha dedicada a Santa Lucía, aconsejado por quien había de ser sucesor suyo, abandonó la tiara y el cayado que, como Vicario de Cristo, le acreditaba; según otros, es Diocleciano quien renunció el ejercicio de la dignidad imperial; en el concepto de los menos quien hizo, por vileza, la gran renuncia fué Gian della Bella, el valiente defensor de los Reglamentos de Justicia, que fueron la proclamación de los derechos de la burguesía rica y activa, contra las pretensiones de los nobles y contra los desmanes de los plebeyos; muy pocos creen que Dante, en ese verso, haya hecho alusión a Vieri dei Cerchi; otros comentadores, en número muy reducido, suponen que se trate de Esaú, el personaje bíblico que, por un vil plato de lentejas, cedió los derechos todos de la primogenitura.

Una dulce mujer, María Páscoli, la deliciosa poetisa romañola, a quien visité en la pintoresca ciudad en donde ha consagrado su vida entera a la exaltación magnífica de los escritos del vate excelso, hermano suyo, Giovanni Páscoli, me decía con ternura infinita: Sólo Giovanni ha visto claro en el asunto relacionado con aquel que, por vileza, hizo la gran renuncia. Vil fué quien lavó sus manos, temerosas, ante las indignas pretensiones de un pueblo ebrio de injusticia; vil fué quien, estando convencido de la inocencia del más puro de los hombres, lo entregó a la cruz no sin antes haberlo ofendido al tratar de salvarlo en cambio de Barrabás; vil fué quien, por servir a dos señores, ni condenó ni absolvió a Jesús; vil fué Pilatos: por eso, en el vestíbulo del Infierno dantesco, corre tras la cruz sublime aquel que, por vileza, con su renuncia ingrata, ayudó a levantarla en lo alto del Calvario. En el Infierno están los pecadores que, con sus palabras o con sus acciones, crucificaron a Jesús; en el vestíbulo están aquellos que, con su indolencia, por otros lo dejaron crucificar. Pilatos no podía estar con Judas, porque nunca habría tenido el valor de traicionar a su Dios, no podía estar con Caifás porque no tuvo nunca voluntad para envidiar al divino Jesús: por sus dudas entre el Dios y el Hombre ningún sitio correspondía mejor a Pilatos que el vestíbulo del Infierno, en donde Dante lo colocó sin citarlo siquiera.

Y la deliciosa María, con el acento musical que le es característico, para comprobar de manera evidente la exactitud de lo afirmado por su hermano Giovanni, me recitaba, a media voz, el canto popular de la misteriosa Umbría que empieza: «He estado con el Diablo esta noche, dentro el Infierno no había lugar, junto a la puerta estaba Pilatos, de conocerme hizo señal...»

¿Por qué, me preguntaba enseguida, por cuál enigmática razón el pueblo considera a Pilatos como el San Pedro del Infierno?...

El castigo que tienen aquellos pecadores es terrible, corren aguijoneados por las moscas que les hieren haciendo brotar la sangre, la cual mezclada con sus lágrimas, por inmundos gusanos es recogida a sus pies.

Un viejo canoso, en una nave, viene gritando: ¡Ay de vosotras, almas depravadas, perded toda esperanza de ver los cielos; vengo a llevaros a la otra orilla en donde las tinieblas son eternas! Es Caronte quien no accede a pasar a Dante en su barca fúnebre, sino cuando Virgilio le dice que así se quiere allá, en el Cielo, en donde todo se puede.

Recoge Caronte las almas perdidas, así como el viento de otoño recoge las hojas amarillentas que en los senderos lloran su prematura orfandad, y la barca parte, rápida, mientras en la orilla de nuevo se agrupan los condenados que esperan su retorno: son los que mueren mereciendo la ira santa del Creador.

Tanta tristeza, tanto horror, causa en el Divino Poeta un desmayo prolongado del cual no vuelve sino cuando se encuentra ya dentro del Infierno y precisamente en el Limbo en donde están los no bautizados en la fe cristiana, los héroes de la ciencia y de la virtud antiguas que no pudieron gozar de las beatitudes de la esperanza en Cristo: ellos no pecaron, sin embargo, sin esperanza viven en el eterno deseo de la visión sagrada de la Divina Bondad.

Allí estuvieron Adán, Abel y Noé; Moisés, Abraham y David; Jacob y Raquel, la mujer por quien siete y siete años sirvió; allí están los poetas que exclaman al ver llegar a Virgilio, su compañero de martirio: ¡Honrad al Altísimo Poeta cuya sombra vuelve después de habernos abandonado!; allí están Homero, el ciego vidente que dijo las angustias de Ulises y cantó las bellezas de Elena; Horacio, el lírico testimonio de la monarquía universal; Ovidio, el precursor de las ideas cristianas; Lucano, el entusiasta cantor de la victoria de César sobre Pompeyo, que fué también la victoria del Imperio Romano.

En el castillo de la humana ciencia rodeado de siete muros, las siete artes liberales, que allí cerca se levantan, Dante ve a Electra, la madre del glorioso fundador de Troya; Eneas, el padre de Roma y Lavinia su tercera esposa; Camila, la heroína que cayó por la gloria del Lacio, así como cayó Pentesilea, reina de las Amazonas, defendiendo la ciudad que en fatídica convirtió la encantadora belleza Elena; con la madre de los Gracos y con la esposa de Catón, están Aristóteles, Sócrates, Tales, Platón, Heráclito, Orfeo, Séneca, Zenón, Hipócrates y Galeno.

Por otro sendero, el sabio Virgilio aleja a Dante de aquella tranquilidad hacia una aura que tiembla de suspiros y de anhelos en la nada brilla.

Suspendo aquí esta larga misiva, deseándote felicidad constante quien siempre en ti piensa.

FIORENZA DELL'ARNO

En Treviso, a la orilla del Sille armonioso.

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

La gran amenaza de la civilización

Cáncer. Prevención. Curación

POR EL DR. EWARD PERCY ROBINSON

(CONCLUYE, véase el número anterior).

Toda la sal necesaria para el cuerpo humano la suplen los tejidos animales y vegetales que comemos. La sal que añadimos a nuestro alimento está demás. El fluido digestivo del estómago, llamado jugo gástrico, contiene entre otras cosas, ácido nitro-clochídrico; este ácido se forma únicamente con la sal que se halla en el estómago de cualquier manera que allí se encuentre, ya sea la que contienen naturalmente los alimentos que tomamos, ya la que usamos artificialmente; de aquí que mucha sal produzca mucho ácido. Toda sustancia o cualquiera cantidad de sustancia que la naturaleza no necesita en la economía del sistema, es un exceso para el cuerpo; las sustancias que no se necesitan se consideran como extrañas y la cantidad en que exceden a las necesidades de la salud es superflua, pues únicamente lo que naturalmente se necesita es lo que es retenido y usado por las células.

Los riñones son los órganos que eliminan las sales del cuerpo, y se les sobrecarga de trabajo en proporción al exceso que tienen que eliminar. Estos órganos, llamados los filtros del cuerpo, son excesivamente sensibles a las sustancias irritantes, su mecanismo es complicado y consiste en células intensamente especializadas en la tarea de separar las sustancias químicas de la sangre, por lo que algunos biólogos consideran los riñones como órganos que poseen un alto grado de discernimiento.

Normalmente ellos eliminan una cantidad razonable de sal, eliminando un exceso por algún tiempo, pero cuando su capacidad se extralimita, cesan en sus funciones y las excreciones venenosas invaden las células del cuerpo. Es lo bastante para hacer ver que ellas dependen del modo como se las trate.

El adulto civilizado toma alrededor de cincuenta onzas de agua durante las veinticuatro horas del día, lo que se considera como la cantidad normal. Un análisis de esta agua señala, entre otras sustancias, la presencia de la mitad del uno por ciento de clórico (0,50). El clórico proviene de la sal que se ha comido. Un cálculo a la ligera nos demuestra que algo así como dos dracmas o 120 granos, alrededor de dos cucharaditas de sal, son expelidas diariamente del cuerpo, por lo que es bastante razonable el presumir que los riñones pueden continuar indefinidamente su tarea extraordinaria de química analítica y permanecer sanos. Sin embargo, yo digo que la naturaleza sólo elimina el exceso; en tal caso, técnicamente, la mitad del uno por ciento debe ser un exceso. Si esto es cierto, se preguntará el sentido común, ¿por qué darle este exceso de sal al sistema, forzando así a los riñones a un trabajo innecesario para librarse de ella? El sabor de la sal es agradable, razón muy fútil para una persona seria. Sin decir que sería mucho más inteligente reducir el exceso que pasa por la orina a un 0,05, lo que es todavía bastante liberal.

No existe nunca ningún peligro en comer sal, pues el sistema está siempre tolerando un exceso, y al respecto vale aquí citar la obra «Secreción de la Orina», de A. R. Cesshing. Dice: «El porcentaje de sodio en el plasma de la sangre permanece fuertemente invariable cualquiera que sea la cantidad en la orina, la más pequeña desviación que se observa es incompatible con la vida. Es decir, que la sangre y los otros fluidos del cuerpo continúan reteniendo la cantidad de sal que necesitan, a pesar del hecho que se pierda poca o ninguna por la orina. En verdad, la sal que debe tomarse para mantener la cantidad normal en los fluidos del cuerpo, es muy pequeña. Muchas personas no comen sino lo que la naturaleza ha depositado en los alimentos. Lo que es especialmente verdad en los pueblos salvajes. Los indios norteamericanos usan muy poca sal y esto solamente en las ceremonias, en las cuales se pasa una escudilla a todos los presentes y cada uno toma un pizco. Con razón podemos establecer que el cáncer es desconocido entre los indios que viven en estado de naturaleza».

Una excelente autoridad del lejano Oriente, dice: «Soy incapaz de ver y aún de oir nada del cáncer, aunque he tratado un gran número de médicos y he hecho muchas investigaciones sobre esta enfermedad, he visitado hospitales con muchos miles de enfermos en el Japón, China, Corea, Las Filipinas, India, Siam y Egipto, y en todas partes me hallo la misma cuestión, es decir, que el cáncer se encuentra muy raras veces entre los pueblos vegetarianos».

Es importante observar que este escritor menciona particularmente al Japón como libertado del cáncer, porque hace poco, más o menos 25 años, que hubo allí una gran mortalidad ocasionada por esta enfermedad; parece que en ciertas partes del Japón, en aquel tiempo, los habitantes vivían casi únicamente del pescado salado, que era el único alimento animal que tenían; como se pescaba solamente en determinada estación, era necesario salarlos para conservarlos y aquí tenemos de nuevo un hecho muy significativo: que no fué hasta que se redujo el consumo de pescado salado y con él la cantidad de sal que contenía, que el cáncer desapareció en el Japón, siendo la razón, como es fácil deducir, que los japoneses no son muy golosos de sal.

Nosotros, los occidentales, nos consideramos como los seres más civilizados de la tierra y todavía morimos a la rata anual de 100,000 de cáncer y tumores malignos, mientras los pueblos menos civilizados que viven más primitivamente están libres de esta terrible enfermedad.

No sería del todo injusto considerar al cloruro de sodio (sal de mesa) como el único agente por el cual el elemento soda entra en el sistema. Existen otras muchas sales de sodio que han llegado a ser comunmente remedios caseros y que se toman ordinariamente como la sal de mesa. Nos es familiar el bicarbonato de soda; casi todo el mundo ha tomado una dosis de esta sal para mitigar la acidez del estómago y muchos de nosotros sabemos por experiencia que la mejoría que sentimos es pasajera, pues es generalmente seguida de una acidez mayor; además, las células del cuerpo deben o eliminar el exceso de soda o bien sufrirlo para condensar el elemento potasa que normalmente pertenece a su composición química.

Por añadidura tenemos el benzoato, el salicilato y el borato de soda usados para conservar ciertos alimentos junto con las sales formadas por la combinación de la soda con los ácidos de las grasas. Estas sales se toman en muy pequeñas cantidades, pero, sin embargo, son suficientes para perjudicar la salud y en consecuencia la eficiencia de las células; por otra parte, existe en las casas el más pródigo uso de la soda para cocimientos y todas estas sales son diferentes formas del mismo elemento, es decir, que la soda se encuentra en todas ellas o no se llamarían sales de soda. Es por demás supérfluo mencionar las sales usadas en las conservas alimenticias.

Por esta costumbre perniciosa, la soda entra en el cuerpo humano en tan grandes cantidades y tan continuamente, que las células se sobrecargan con ella para su mayor perjuicio. ¿Y por qué sucede esto? Porque el exceso del elemento soda en los componentes de la célula desplaza la potasa que es esencial para el funcionamiento sano. Así las células están forzadas a luchar por su existencia en un medio hostil en donde se les niega el alimento que necesitan y caen presas de la enfermedad y desintegración, una face de lo que se conoce como cáncer.

La real e incitante causa del cáncer es el elemento excesivo de sodio en las células y fluidos del cuerpo. Este veneno, pues no es otra cosa (cuando se usa con exceso), debilita de tal manera el poder de resistencia de la célula, que ella se inflama rápidamente y pasa a menudo a un estado maligno.

Tal vez la razón por la cual el cáncer se desarrolla tarde se debe a la incapacidad de la célula para distinguir el elemento soda del elemento potasa y, por consiguiente, como el elemento soda no es conocido al principio por las células como un veneno, se insinúa lentamente dentro del cuerpo y muy poco a poco termina por desplazar la potasa. Este es un proceso lento que requiere años para completar el cambio y es por

esto que el cáncer es una enfermedad que aparece en la mitad de la vida o más tarde. Esta es una lógica deducción, pues la enfermedad jamás ataca a los niños ni a las mujeres jóvenes.

El escritor indica, con el propósito de ofrecer alguna sugestión para la prevención y para la posible eliminación de esta enfermedad, el ver si se puede hacer que la esperanza reemplace a la desesperación. Naturalmente, el médico es siempre la persona apropiada para consultarle todo lo que se relaciona con la salud o las enfermedades, y especialmente, cuando se sospecha de la existencia de un cáncer. Generalmente se ocasiona más daño curándose uno mismo que dejando la cosa quieta; pero las siguientes indicaciones pueden ser de gran beneficio para la gran masa del pueblo sujeta a esta enfermedad, en gran parte por la ignorancia de sus causas, de su proceso y de los medios racionales para su prevención y eliminación.

De aquí la pregunta: ¿qué debe hacerse? La respuesta es bastante sencilla: Coma menos soda y más vegetales que contengan potasa. Así la mortalidad por causa del cáncer puede reducirse evitando los alimentos que contengan sal. Debe tenerse mucho cuidado de no salar demasiado los alimentos y no debe nunca añadírseles sal después de servidos. La cantidad de sal generalmente usada para sazonar los alimentos durante la cocción es bastante y más que suficiente para satisfacer las necesidades del sistema. Salar la comida antes de probarla es absurdo y además un hábito vulgar que no perdonan nunca los epicúreos refinados.

El bicarbonato de soda no debe tomarse todas las veces que nos encontremos indispuestos del estómago. Las razones ya las hemos expuesto.

Cualquiera que esté suficientemente interesado en conocer la alimentación sana, puede escribir al Departamento de Agricultura de Washington, D. C., pidiendo informes, sobre el particular, y recibirá hojas sueltas y folletos conteniendo inmensa cantidad de conocimientos útiles sobre la composición de los alimentos, de su valor nutritivo y todo lo relativo a este asunto. Tal información no puede ser comprendida en este estudio, cuyo objeto es más bien discutir la cuestión cáncer, sus causas y el modo de prevenirse de él y de curarlo por medio de la medicina.

Aun cuando en materia de alimentos, puras indicaciones pueden ser aceptadas. La piel de la papa es rica en sales útiles para las células del cuerpo, así, pues, la papa debe comerse sin quitarle la piel. Existen muchos alimentos que comen nuestros amigos los «animales inferiores» que serían buenos para los seres humanos; así no existe razón para que la alfalfa y el trébol, por ejemplo, no se usen como alimento estando bien preparados. Ellos llenan las necesidades de la economía animal de una manera admirable y no podemos olvidar, aunque quisiéramos, que el designio de la vida animal es igual para todos, las diferencias son insignificantes y de pura importancia relativa. El mismo sistema de leyes inmutables gobierna toda la vida.

No es difícil comprender por qué ciertas yerbas como la alfalfa, y el trébol pueden servirnos muy bien como alimentos. Ellas son ricas en potasa y si se prepara su harina como galletas, etc., serían un sano alimento para el hombre y tales artículos añadidos a nuestra alimentación nos ayudarían verosímilmente a evitar las afecciones cancerosas, porque debemos recordar que los animales que se alimentan habitualmente de estas yerbas no son susceptibles de cáncer. Por las mismas razones podrían sustituirse muy bien el te y el café por el trébol. Hace algunos años uno de nuestros más distinguidos escritores americanos contribuyó con un artículo que fué muy bien leído, al indicar el te de trébol para el tratamiento del cáncer. Cuando apareció el artículo muchos sabios médicos manifestaron su incredulidad tomándolo como un pasatiempo. El trébol que pertenece a la familia de los guisantes, es rico en nitrato y potasa, por lo que sería un agente ideal para introducir potasa en las células del cuerpo. Los agricultores científicos saben que el trébol tiene la propiedad de absorber el nitrógeno del aire y almacenarlo en pequeños nódulos en las raíces. A este proceso lo ayuda una familia de bacterias, razón por la cual el agricultor ara el trébol por debajo cuando quiere fertilizar la tierra.

Al preparar para la mesa los alimentos que se han conservado en sal, deben lavarse muy bien antes de cocerlos; siguiendo las sencillas precauciones que hemos dado, puede sin duda lograrse mucho para evitar el cáncer.

Finalmente, la orina debe examinarse de vez en cuando para ver si su porcentaje de cloruro se mantiene conforme a su medio. La ecuación mensual puede ser determinada y fijada. Como se ha dicho, 0.50 por ciento de cloruro es demasiado alto.

El caballo, que pesa alrededor de una tonelada, segrega solamente 0,07 por ciento de Cloruro, el porcentaje del cerdo es 0.13. Este porcentaje varía, en consecuencia, pero autoridades lo han amenguado de modo que puede apreciarse de una ojeada. Incidentalmente puede mencionarse que la pequeña cantidad relativa de cloruro segregado por el caballo y el gran porcentaje que segrega el cerdo se debe a los modos como estos animales obtienen la sal. El caballo lame con temperancia y moderación un pedazo de roca salada colocado en su establo, mientras que el cerdo se alimenta con los desperdicios de la mesa que contienen más sal de la necesaria; sería mucho mejor para el cerdo, sin duda, tener una alimentación menos salada; él podría de buena gana obtener toda la sal que necesita de sus alimentos naturales, raíces, bulbos, etc.

Sería vano el preguntar ¿por qué el hombre no puede abstenerse del consumo de sal como el caballo y el cerdo? Verdaderamente sería una bendición del cielo que la humanidad estuviera tan libre del cáncer como lo están estos animales.

En donde el cáncer existe actualmente, no puede establecerse, por regla general, un tratamiento efectivo. Los casos varían. Sin embargo, surge la siguiente cuestión: ¿Puede un cáncer extirparse? La contestación a esta pregunta debe darla el médico o el cirujano, a pesar de que no hay razón para que una persona inteligente deje de conocer que sólo un 25 por ciento de los casos de cáncer pueden ser operados y que de éstos, alrededor del 5 por ciento, sólo se curan por pocos años solamente. El paciente muere de ello con el tiempo. La operación extirpa el efecto, pero no la causa.

La siguiente estadística publicada en el «Medical Record», del 2 de marzo de 1918—página 362— puede ayudar a los pacientes a determinar si el tratamiento debe ser quirúrgico o médico. «Desde 1914, cuando empezó la propaganda activa en favor del tratamiento quirúrgico radical del cáncer, el aumento de la rata de muerte fué mucho más grande que antes. Así en los Estados Unidos el coeficiente de mortalidad tenía un invariable ascenso, de modo que en 1915 fué 81,1 por 100.000 o un ascenso total de 28.7 por ciento desde 1900. En 1916 fué de 81.8 por 100.000 o un crecimiento de 29.84 por ciento desde 1900.

»Durante el año 1917 hubo un total de defunciones por todo género de causas de 78.407 en la ciudad de Nueva York, con su ensanche, contra 77.948 en 1916, lo que da un aumento de 519 muertos o menos de uno por ciento; mientras que la mortalidad por el cáncer alcanzó a 244 o sea casi un 5 por ciento».

Y el escritor concluye así: «Seguramente tales números que no pueden mentir y que señalan un aumento de mortalidad por el cáncer cinco veces mayor que por las causas generales, no pueden explicarse por la mayor exactitud de diagnóstico o por el más perfecto registro de defunciones». De estos números el lector puede llegar a su propia conclusión.

Una ojeada sobre el «Weekly Bulletin» de 9 de marzo de 1918, publicado por el Departamento de Salud, demostrará que el cáncer, que es incitado o depende de una condición inflamatoria del tejido celular, da el más alto coeficiente de muertos. El orden es el

siguiente: Cáncer, tumores malignos, 105; enfermedades orgánicas del corazón, 265; pulmonía, 121; bronquio-neumonía, 102; mal de Bright y nefritis, 121; tuberculosis, 193. Y aunque la tuberculosis pulmonar la produce un bacilo conocido, esta enfermedad, según la opinión del escritor, sería menos común si el tejido pulmonar no estuviera sujeto a la acción constante de un exceso de soda en las delicadas células de aire, y esta presunción está basada en el hecho de que el bacilo para crecer debe encontrar en primer lugar un agradable y fértil campo para su propagación y que una inflamación o una tendencia a ella es el primer paso para el cultivo del germen de toda enfermedad.

Establecido esto, ¿no podemos nosotros, por analogía, incluir bajo esta categoría esa tan común y repugnante enfermedad conocida con el nombre de piorrea o enfermedad de Rigg? Pues aunque un organismo distinto se encuentra frecuentemente en el tejido ulcerado de las encías, en casos de piorrea jamás se ha encontrado en las encías cuando no están inflamadas.

El primero de setiembre de 1917 publicó «The Medical Record», un artículo con el título de «Una hipótesis con respecto a la naturaleza físico-química del cáncer», expuesto como opinión propia del autor, en el cual explica sus miras y razones para atribuir la causa del cáncer al excesivo uso de la sal de mesa. En otro artículo, bajo el mote: «Un argumento para el uso del nitrato de potasio en el tratamiento del cáncer», se expusieron razones para justificar la creencia de que había sido descubierto un antídoto contra los efectos venenosos de la sal común, en el cuerpo humano. Lo siguiente es tomado de dicho artículo: «Con respecto al nitrato de potasa tomado desde el punto de vista de un agente terapéutico en el tratamiento del cáncer, el autor cree se han expuesto razones suficientes para que esta droga sea ensayada. En los tiempos pasados, el tratamiento interno del cáncer extremadamente insuficiente y sin duda empírico, no produjo ninguna ventaja de la cual pudiera formularse un tratamiento, y si por casualidad hubo algunas manifestaciones de mejoría o curación en alguna ocasión, no se dedujeron ningunas razones lógicas de tal fenómeno; pero en este caso comenzamos con la hipótesis de que el cloruro de sodio es la causa del cáncer y sabemos que el nitrato de potasio es efectivo en desplazar esta sustancia de la manera dicha; a saber: que el nitrato desplaza el cloruro como la sal de potasio desplaza la sal de sodio y al mismo tiempo toma el lugar de la sal de sodio en la célula, de la cual es un componente natural.

»Sea como sea, cuando uno se da cuenta de que la mortalidad del cáncer ha alcanzado casi siempre el asombroso número de cien mil vidas al año y que en la ciudad de Nueva York solamente el promedio de defunciones de cáncer y tumores malignos, por semana, es alrededor de noventa, parece que alguna droga (especialmente una tan inofensiva como la potasa) que ofrezca la más pequeña esperanza de mejoramiento de este terrible flajelo, merece ensayarse; y cree el escritor que la que lógicamente merece este ensayo es el nitrato de potasa».

El nitrato de potasa es también conocido con el nombre de salitre, que se encuentra en el suelo y entra naturalmente en la composición de las plantas, por las cuales pasa al cuerpo humano. Podemos tomar esta droga sin peligro ni temor de habituarnos en su uso, pues no produce en nosotros ninguna sensación.

Pero el nitrato de potasa no es una droga que pueda tomarse indistintamente, su eficacia depende de la cantidad que se tome, del tamaño de la dosis y de la frecuencia y manera de suministrarla; las grandes dosis irritan demasiado el estómago y los intestinos, y causan gastritis y enteritis y además deprimen mucho el corazón. Usada sin cuidado, esta droga es algo peligrosa; sin embargo, puede suministrarse bajo las indicaciones médicas, y el punto de mira del médico debe ser seguir el método de la naturaleza lo más precisamente posible en la administración de esta droga y especialmente en la dosimetría, porque la naturaleza administra la potasa en los alimentos por dosis sumamente mínimas y repetidas a menudo; pero el corolario importante de la naturalmente diminuta dosimetría, obtenida de ciertos alimentos, es la disociación o ayunización de la sal con el objeto de ser más violentamente asimilada por la célula, y la mayor eficiencia de los diversos componentes electro-químicos y otras interacciones producidas por ella. Como el medio no puede duplicar precisamente los métodos de la naturaleza, deberá por esta razón darse un gran trabajo para aproximarse a ellos por la propia delicuación de la droga y por su frecuente administración; por estos medios se demostrará que el nitrato de potasa es el agente que desplaza el exceso de soda acumulada en las células, y ayuda a restablecer su equilibrio químico normal y su poder de resistencia contra los factores que tienden a producir la inflamación y el foco que da comienzo al cáncer.

De todas las sales del suelo que entran en la composición de las células animales y vegetales, el nitrato de potasa parece haber sido seleccionado por la naturaleza como uno de los grandes establecedores de la constitución química del cuerpo.

Para comprender la química comparativa de las clases de sales o de las sales que se reemplazan unas a otras, deben consultarse las obras químicas; pero todo lo que necesitamos indicar aquí es que ninguna otra sal posee de igual manera la acción combinada de un ácido y de un álcali como el nitrato de potasa, ni ninguna otra sal obra tan completamente como esta sal; por ejemplo, el potasio desplaza un exceso de sodio en la célula y al mismo tiempo toma su lugar en las mismas proporciones, en los ingredientes celulares, mientras que el nitrato desplaza el cloruro que contiene e iguala ambas cantidades de nitratos y cloruros convenientes al propio funcionamiento del cuerpo, y al mismo tiempo podría penetrar una gran cantidad de esta sal en el sistema en cualquier momento, porque la que las células no necesiten será necesariamente expulsada por los canales de secreción.

En los tiempos primitivos el hombre vivió de yerbas crudas y raíces, y consumía una bonita cantidad de tierra, y sucio, y no necesitaba de medicinas para conservar la salud, pero el desarrollo de su ingeniosa inventiva en alimentarse aventajó a la evolución de sus células y esto ha perturbado el balance que normalmente existe entre la constitución química de sus células y los fluidos de su cuerpo, con el inevitable resultado que cambios degenerados han ocurrido en sus órganos internos.

Parece un hecho establecido que el cáncer sigue a la civilización, y uno debe de ser perdonado si pregunta: ¿merece ser civilizado o no sería más sabio para nosotros copiar algunas de las costumbres alimenticias, al menos, de los menos favorecidos y aun salvajes pueblos? Porque si lo hacemos así podríamos libertarnos de muchas miserias y prevenirnos contra la más aborrecible y cruel de las aflicciones que conoce el hombre.

Evidentemente, el principio fundamental que gobierna la salud se relaciona con la constitución química de la célula y su inmunidad para la inflamacion. Si nosotros podemos considerar que esto es verdad, conociendo además que el exceso de un elemento tal como la soda, en las células, puede conducir a la inflamación y en consecuencia a la enfermedad, podemos asegurar que la mayor parte de las enfermedades pueden preverse y que las ocasiona el descuido voluntario de las leyes naturales.

Hemos ido lejos al tratar de la teoría del cáncer. Teoría nueva, original del autor. La ciencia médica no ha descubierto ningún hecho que choque con esta teoría; por el contrario, existen muchos hechos conocidos que tienden a ratificarla; sin embargo, esto sólo puede hacerlo el tiempo, si después del empleo del antídoto químico, la rata anual de defunciones por el cáncer decrece gradualmente, entonces puede justificarse el que se diga que se han descubierto la causa y la curación del cáncer, pero no hasta entonces.

Para concluir la discusión sobre la materia objeto de este estudio, el escritor afirma la creencia que la exposición hecha está basada en la verdad. Las deducciones, conclusiones y las analogías están todas dentro de los límites de la razón y de la lógica y no se han sacado de falsas u oscuras premisas; sin embargo, si se encuentran faltas en el razonamiento que las corrija quien pueda.

(Trad. y envío de MANUEL CESTERO. México, D. F).

Sor Helfenbein

(Pintemos una B).

En mis Horas Menores, Sor Helfenbein [hermana,
en el himno de Prima, tu nombre y tu [figura
son urnas primitivas de bondad franciscana.
Y si Andrés Beauneveu rey de la miniatura,

ingenua, muy ingenua te hubiera [conocido,
en gules y en sinoplo, en una de sus raras
mayúsculas, pintando su misal preferido,
tendríamos un verso de mansedumbres [claras.

Y «Bienaventurados los mansos» veraneras
azules en la B, por la lluvia lavadas;
por el polvo profano se vuelven palabreras,
las flores silenciosas, profundas y [encantadas.

Sólo de veraneras son tus versos, [hermano,
¿por qué las otras cosas nunca te dicen nada?
—Porque busco la cifra que tenga más [cristiano
resplandor, la que sea más evangelizada.

Sólo las veraneras hablan de Galilea
y de Cristo Jesús, como Pablo decía;
ellas dicen amén, el divino así sea
fuente maravillosa de perfecta alegría.

—Ni de Sor Helfenbein has hablado, [poeta.
—Sin embargo, por ella saqué de mi vivida
vida, suaves matices y con mano discreta
pinté una silenciosa mayúscula florida.

Y dentro de la B, las veraneras lilas
y azules y rosadas, florecillas cristianas
que tienen la dulzura de las aguas tranquilas
y los ojos amigos de las voces lejanas.

Esta Sor Helfenbein es una veranera
lila, pues nunca nadie la ha visto ni tocado,
ni podemos con estos ojos turbios de afuera
verla, pues haced cuenta que pasa a vuestro [lado,

Jesús la veranera de los cielos divina,
la Mayúscula Prima del misal preferido,
la Rosa Sempervirens, l'Estrella Matutina,
la Fiesta de los Versos, el Tesoro Escondido.

Y además de ser lila es azul y rosada
esta Sor Helfenbein. Dichosas las hermanas
del hospicio, pues gozan de su privilegiada
compañía; nosotros afuera, muy profanas

flores de trapo vemos y vimos y veremos,
exceptuando unas cuantas niñas de [verdaderas
gracias, muy silenciosas entre los dos [extremos,
en el término medio, como las veraneras.

A. H. Pallais, Pbro.

León, Nic. 7 de abril de 1923.

Un sacerdocio cívico

Hombres de inteligencia y corazón, a pesar del lastre de los conscupicentes logreros y los osados ignorantes—que en todo país y en todo tiempo fueron gorgojos de los graneros espirituales, esponjas de la tinta y polillas del papel impreso—, consiguieron que «la cátedra del escándalo y la malignidad», que, según Jovellanos, educaba «para la degradación y el delito», llegase a ser «la noble cultivadora de la idea», en la que Costa halló una analogía substancial con la fecunda siembra de los campos.

De los «annales» redactados en Roma por siervos o libertos; los «pregones» y «mensajes», sombras de relación entre los pueblos medioevales; los «zeitungen» germánicos, propagadores de la Reforma; las «gazzetas» del Renacimiento italiano; las «new-letres» usadas por la nobleza rural de la vieja Inglaterra y las «sesiones» de los «neuvellistes» que, en los jardines públicos o sobre el Puente Nuevo, asombraban al buen París frondista y revolucionario, y, más directamente, de la bolsa de noticias en que los curiosos y desocupados madrileños convertían las Gradas de San Felipe o las Losas de Palacio, en los gloriosos días de los Austrias; del periodismo, en suma, oral o manuscrito, la Prensa ungida por el ideal, impulsada por el trabajo y acrisolada por las penurias y las persecuciones, ha llegado a convertirse en sacerdocio cívico de incontrarrestable fuerza y universal eficacia.

Arturo Pérez Camarero

(*La Libertad*, Madrid).

Canciones de madre

CARICIAS

Te doy la luna blanca,
te doy el sol,
y por cada sonrisa
mi corazón.

Reyecito de mi alma,
rey de mi amor,
que el beso de tus labios,
nada hay mejor.

Para ti soy tan blanda
como algodón,
cuando conmigo juegas,
me torno en flor.

Reyecito de mi alma,
rey de mi amor,
eres sobre la tierra
mi bendición.

Carlos Luis Sáenz

Enero, 1923.

HALAGO

Dos rosas nuevas
son tus mejillas,
carne de mi alma
fragante y limpia.

Sobre las rosas
de tus mejillas,
deja que vuele
tu sonricilla.

Tu cabellera,
la selva umbría
donde mis besos
vuelan y trinan.

Eres el valle
de mi alegría,
dulce tesoro,
fiel de mi vida.

Fruto sagrado
de maravilla,
¡Dios pequeñuelo
que en mí te anidas!

Carlos Luis Sáenz

Diciembre, 1922.

La piedad civil

La pena aflictiva, en el concepto moderno, admite la privación de la libertad como medida preventiva, más que represiva; acepta la separación de la sociedad para el criminal, con el fin de garantizar la seguridad ciudadana; pero no puede cifrar el castigo en la abyección material ni tampoco en la deshonra. La palabra y la idea de presidio son inseparables de su antiguo cortejo de tortura y oprobio. Es necesario que ese recuerdo desaparezca. Cuando los presidios sean la viviente prueba de la piedad civil, se convertirán en magisterios vivos de honradez y ciudadanía; como lo son ahora, en muchos casos, de la propia criminalidad que pretenden castigar. Lo que quieren conseguir por el dolor y la rudeza, lo conseguirán entonces por el ejemplo contagioso de la bondad, que no excluye la energía, sino que la supone. Los que ejercemos funciones de enseñanza sabemos que la Escuela ha experimentado el mismo cambio regenerador. Desde el antiguo lema «la letra con sangre entra» se ha pasado al prestigio educativo de la persona del maestro, el cual se ha despojado, al fin, de su vocación atenuada de verdugo... Y nunca las funciones del maestro han sido más dulces, más eficaces ni más fáciles.

Gabriel Alomar

(*La Libertad*, Madrid).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica